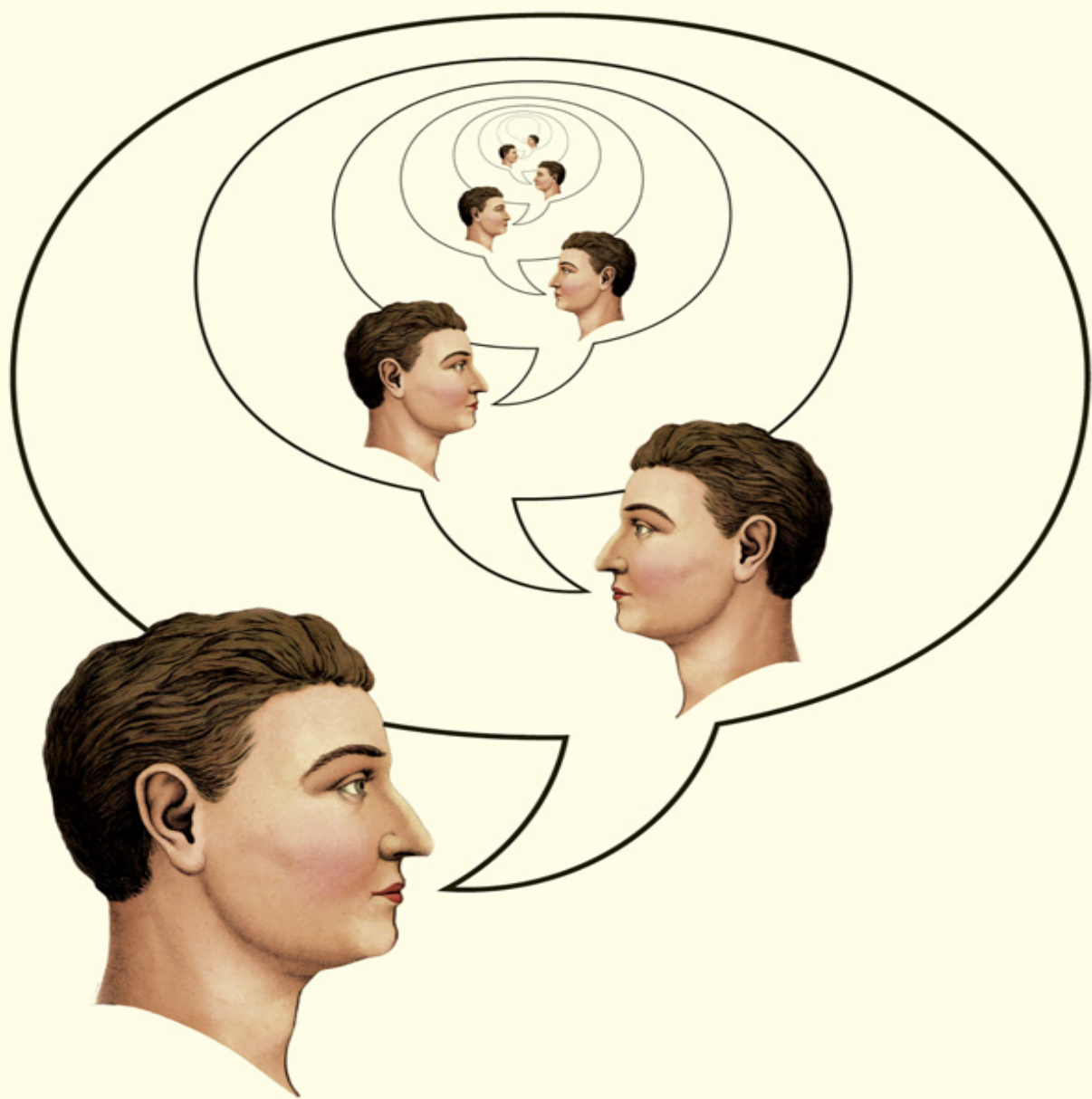


MARIO LEVRERO

El discurso vacío



Una luminosa reflexión sobre el acto de escribir.

Un escritor inicia un cuaderno con ejercicios para mejorar su caligrafía en el convencimiento de que, al mejorarla, lo hará también su carácter. Lo que pretende ser un mero ejercicio físico se irá llenando, de modo involuntario, de reflexiones y anécdotas sobre el vivir, la convivencia, la escritura, el sentido o no-sentido de la existencia.

OceanofPDF.com



Mario Levrero

El discurso vacío

ePub r1.0

Titivillus 15.01.2023

OceanofPDF.com

Mario Levrero, 1996

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

EL TEXTO

El discurso vacío es una novela armada a partir de dos vertientes, o grupos de textos: uno de ellos, titulado «Ejercicios», es un conjunto de ejercicios caligráficos breves, escritos sin otro propósito; el otro, titulado «El discurso vacío», es un texto unitario de intención más «literaria».

La novela en su forma actual fue construida a semejanza de un diario íntimo. A los «Ejercicios», ordenados cronológicamente, fui agregando los trozos de «El discurso vacío» correspondientes a cada fecha, aunque conservando mediante subtítulos la separación entre uno y otro texto. Esta solución me fue sugerida por Eduardo Abel Giménez, en lugar de la que había utilizado previamente y que estaba basada en poco confiables variantes tipográficas.

En un trabajo posterior de corrección eliminé algunos pasajes e incluso algunos de los «Ejercicios» íntegros, a veces como protección de la intimidad propia o de otras personas, y siempre en favor de una lectura menos tediosa. Añadí algún párrafo y algunas frases para explicitar el sentido de ciertas referencias. Salvo esas pequeñas operaciones quirúrgicas, este texto es fiel a los originales.

M.L.

Colonia, mayo de 1993

Este libro, al igual que su contenido, existe en función de mi mujer, Alicia, y de su mundo. Aunque resulte redundante debo subrayar que esta novela está dedicada a Alicia, a Juan Ignacio y al perro Pongo, es decir, a mi familia.

M.L., Montevideo, octubre de 1996

OceanofPDF.com

PRÓLOGO

22 de diciembre de 1989

Aquello que hay en mí, que no soy yo, y que busco.

Aquello que hay en mí, y que a veces pienso que también soy yo, y no encuentro.

Aquello que aparece porque sí, brilla un instante y luego
se va por años
y años.

Aquello que yo también olvido.

Aquello

próximo al amor, que no es exactamente amor;

que podría confundirse con la libertad,

con la verdad

con la absoluta identidad del ser

—y que no puede, sin embargo, ser contenido en palabras pensado en
conceptos

no puede ser siquiera recordado como es.

Es lo que es, y no es mío, y a veces está en mí

(muy pocas veces); y cuando está,

se acuerda de sí mismo

lo recuerdo y lo pienso y lo conozco.

Es inútil buscarlo; cuanto más se le busca

más remoto parece, más se esconde.

Es preciso olvidarlo por completo,

llegar casi al suicidio

(porque sin ello la vida no vale)
(porque los que no conocieron aquello creen que la vida no vale)
(por eso el mundo rechina cuando gira).
Este es mi mal, y mi razón de ser.

* * *

He visto a Dios
cruzar por la mirada de una puta
hacerme señas con las antenas de una hormiga
hacerse vino en un racimo de uvas olvidado en la parra
visitarme en un sueño con el aspecto repulsivo de una babosa gigantesca;
he visto a Dios en un rayo de sol que oblicuamente animaba
la tarde;
en el buzo violeta de mi amante después de una tormenta; en la luz roja de
un semáforo
en una abeja que libaba empecinadamente de una florcita miserable, mustia
y pisoteada, en la plaza Congreso;
he visto a Dios incluso en una iglesia.

11 de marzo de 1990

Soñé que era fotógrafo y andaba de un lado a otro con entusiasmo, llevando una cámara. Estaba en un lugar amplio, especie de almacén o depósito, aunque también podría ser el vestíbulo de un gran hotel, y buscaba el ángulo propicio para armar la fotografía de dos lesbianas de modo tal que, aunque una estuviera ubicada a bastante distancia de la otra, dentro del amplio local, y también a una altura diferente (tal vez subida a una escalera), yo hiciera coincidir sus labios para que sugirieran un beso. Ambas tenían los labios pintados de rojo intenso. La más próxima a la cámara estaba de perfil; la otra, en lo alto, de frente.

Más tarde me encuentro sobre un ómnibus inmenso, de dos pisos; estoy en el techo, o en un lugar descubierto en la parte superior. Voy tomando fotos, o filmando, escenas de una gran ciudad. De pronto hay una conmoción, algo que sucede a lo lejos, como olas que saltan por encima de rascacielos. Me dicen que es el fin del mundo. Yo fotografío todo ese caos, impreciso y aún distante, con regocijo, con excitación. Me despierto con taquicardia.

Vuelto a dormirme, alguien relata una historia (y yo veo el relato), o bien veo una película, aunque de algún modo estoy participando de la acción, en la que un conejo de color castaño se encuentra sepultado por la nieve y cava galerías bajo la nieve, moviéndose rápidamente de un lado a otro. Me entra la preocupación de que pueda golpearse contra algo, un árbol o una piedra, porque va a tientas; pero luego me entero de que ha aprendido a comunicarse, mediante un sistema que en el sueño se explicaba detalladamente, con una paloma que volaba por encima de su cabeza, y por encima de la nieve, y lo iba guiando en su recorrido.

PRIMERA PARTE

Ejercicios

10 de septiembre de 1990

Hoy comienzo mi autoterapia grafológica. Este método (que hace un tiempo me fue sugerido por un amigo loco) parte de la base —en la que se funda la grafología— de una profunda relación entre la letra y los rasgos del carácter, y del presupuesto conductista de que los cambios de la conducta pueden producir cambios a nivel psíquico. Cambiando pues la conducta observada en la escritura, se piensa que podría llegarse a cambiar otras cosas en una persona.

Mis objetivos en esta fase del intento terapéutico son más bien moderados. En una primera instancia pretendo ejercitar la escritura manual —sin pretender llegar a la caligrafía—; tratar al menos de obtener una escritura legible por cualquiera, incluso por mí, pues estoy escribiendo tan mal que a menudo ni yo mismo consigo descifrar la letra.

Otro de los objetivos inmediatos es tratar de mantener un tipo de letra más bien grande, cómodo, en lugar de esos caracteres casi microscópicos que he venido utilizando en los últimos años. Y otro objetivo, más ambicioso que el anterior, es el de unificar el tipo de letra, ya que he desarrollado un estilo que combina arbitrariamente la letra manuscrita con la de imprenta. Trataré de recordar la forma de cada letra manuscrita, más o menos según me enseñaron en la escuela. Trataré de conseguir un tipo de

escritura continua, «sin levantar el lápiz» en mitad de las palabras, con lo que creo poder conseguir una mejora en la atención y en la continuidad de mi pensamiento, hoy por hoy bastante dispersas.

11 de septiembre

Segundo día de terapia grafológica. Ayer me llevé una grata sorpresa cuando le di a leer a Alicia la hoja que había escrito y ella pudo hacerlo con comodidad. Ahora estoy esforzándome por conseguir tres cosas: 1) mantener el tamaño de letra apropiado; 2) recuperar la verdadera letra manuscrita, sin las mezclas habituales de letras de imprenta; 3) tratar de no levantar el lápiz, esto es, poner los puntos de las íes, los acentos y los palitos de las T, etcétera, una vez terminada de escribir toda la palabra. Esto último es quizás lo que me resulta más difícil, aunque también la letra manuscrita «pura» tiene sus bemoles.

A primera vista, mirando lo escrito hoy hasta ahora y comparándolo con lo de ayer, hay progresos. Hoy, con todo, la letra —si bien más grande y legible— muestra cierto nerviosismo; en realidad estoy escribiendo más rápidamente que ayer. Pero noto también que las letras están más «despegadas», más espaciadas dentro de cada palabra, menos pegoteadas que antes. Como si cada letra hubiera recuperado su individualidad. En resumen, este trabajo de hoy, y la constatación de un progreso con respecto al de ayer, me resulta muy satisfactorio. Sé que todavía estoy lejos de lograr mis objetivos, incluso los muy primarios; sé que todavía no he recuperado el conocimiento de cómo se trazan algunas letras mayúsculas y algunas minúsculas. Pero todo se irá alcanzando con el tiempo.

24 de septiembre

Retomo mi terapia grafológica después de una larga interrupción, debida al ataque cerebral de mi madre que me llevó lejos de casa.

Ciertamente, durante este período extrañé bastante esta disciplina diaria que, aunque recién iniciada, ya se había perfilado con el carácter de un hábito sumamente positivo, amén de placentero, y ayudaba en no poca medida a centrar mi yo y a prepararme para una jornada de mayor orden, voluntad y equilibrio.

En estos momentos viene una interrupción foránea, en la forma de una señora pequeña y nerviosa, que me llama con voz destemplada denotando inequívocos signos de impaciencia; yo trato, sin embargo, de no perder el ritmo lento, pausado, meditado, de mi escritura, porque estoy seguro de que este ejercicio cotidiano contribuirá a mejorar mi salud y mi carácter, cambiará en buena medida una serie de conductas negativas y me catapultará gozosamente hacia una vida plena de felicidad, alegría, dinero, éxitos con las damas y con otros juegos de tablero. Sin otro particular me despido de mí mismo atentamente hasta mañana a la misma hora o, si es posible, antes.

25 de septiembre

Prosigue mi terapia grafológica. Ayer, la persona que habitualmente controla estas páginas comentó que la letra se había vuelto un tanto menos legible después de la extensa pausa. Yo pienso que esto obedece a por lo menos dos factores: uno, naturalmente, la falta de ejercicio, y el otro, interesante de analizar, el hecho de que, a diferencia de lo que sucedía con la primera tanda, me resultaba ayer más apremiante decir algo y el cómo decirlo (literatura, en fin) que el ejercicio caligráfico liso.

Bien. Otra vez estoy desviándome y prestando poca atención a la letra y mucha a los contenidos, lo cual es antiterapéutico, al menos en este contexto terapéutico que he elegido. No me cabe duda de que, en otro contexto terapéutico, la desviación antedicha es deseable y positiva; pero no debo mezclar los planos de trabajo, y debo ceñirme a lo que me he propuesto, es decir, una especie de escritura insustancial pero legible.

Creo que hoy mi letra resulta más clara que ayer. Veremos qué opina la persona que suele controlar estos trabajos.

26 de septiembre

También hoy hago mi práctica. Se advierte ya en los primeros trazos que estoy decaído, desganado; no tengo deseos de emplear la fuerza de voluntad. Es posible que esté incubando algún virus, contagiado por Juan Ignacio o por el perro Pongo, quien también se encuentra hoy decaído. Es posible también que haya algo en el clima que nos perturba a todos. Y también es posible, y lo más probable, que mi estado sea la consecuencia de un ensueño de esta madrugada —montones de ratas muertas, con sangre, podridas; y mi abuela—. El sueño debe ser a su vez consecuencia de los hechos que me tocó vivir en días pasados (12 al 21 del corriente): la figura de mi abuela, en el sueño, debe corresponder en la realidad a la de mi madre, ya que muchas veces, durante el período en que permanecí cerca de mi madre en esos días, me encontré pensando en ella como en mi abuela, tanto ha llegado a parecerse mi madre a su madre al envejecer; es más, creo que en muy pocos momentos de esos días tuve una clara conciencia de estar junto a mi madre: sentía, con esa convicción profunda y espontánea que proviene de lo íntimo del ser, que ella era mi abuela.

En el sueño de anoche, mi abuela vivía en la misma casa que yo estaba ocupando momentáneamente, como de paso por un lugar extraño, tal vez un balneario. En mi cuarto aparecían montones de ratas muertas, y luego las veía también en otros lugares de la casa, especialmente en la cocina. Yo decía algo acerca de «hablar al Municipio o a la Policía», y me frenaba lo avanzado de la hora, y sobre todo la aceptación, por parte de mi abuela, que se tomaba como algo normal esa situación para mí extraordinaria.

27 de septiembre

Es preciso poner mucha paciencia y gran atención; tratar en lo posible de dibujar letra por letra, desentendiéndose de las significaciones de las palabras que se van formando —lo cual es una operación casi opuesta a la de la literatura (especialmente porque se debe frenar el pensamiento, que

siempre —acostumbrado a la máquina de escribir— busca adelantarse, proporcionar nuevas ideas, establecer nuevas relaciones de ideas y de imágenes, preocupado —tal vez, deformación profesional— por la continuidad y coherencia del discurso).

Debo, pues, comenzar a limitarme a frases simples, aunque me suenen vacías o insustanciales; apenas empiezo a prestar atención a los contenidos, pierdo de vista la esencia de este trabajo terapéutico, el dibujo de cada una de las letras.

En estos momentos, Juan Ignacio está molestando, tratando de llamar la atención de su madre, quien excepcionalmente se ha permitido un descanso y está mirando en el vídeo una película que le recomendé. Es notable cómo Ignacio está educado para no tolerar el ocio o la diversión o incluso la enfermedad de su madre; en esas ocasiones se vuelve más exigente que de costumbre, y adquiere un malhumor y un aire de fastidio insoportables. En la casa, en el funcionamiento de la casa, hay un equilibrio maléfico, producto de una serie de hábitos o pautas de conducta muy equivocadas, que se han ido instalando por «azar y necesidad»; y la sola idea de modificar alguna de estas pautas produce un desasosiego, un malestar o incluso una crisis en cualquiera de los primitivos integrantes del grupo familiar.

28 de septiembre

Debería conseguir una serie de frases para hacer «planas», como las que usaba para aprender a escribir a máquina: «puerto europeo», «quiero pupitre», «tu potro torpe», «salsa salada», «alhaja falsa». Pero este tipo de trabajo monótono me aburre; prefiero ir avanzando más lentamente, es decir, avanzando y retrocediendo, dejando que muy a menudo la letra se me achique o se me deforme al correr locamente la mano procurando alcanzar al pensamiento. Porque no tolero los trabajos rutinarios, repetitivos y, al menos en lo que se refiere a la escritura —ya que no a la vida—, me encantan las experiencias que tienen algo novedoso, imprevisto, aventurero

—como por ejemplo el trabajo de investigación que estoy haciendo en una computadora cuyo manual es incompleto.

Hace pocos días, y después de muchas horas y muchos días de trabajo y de investigación, y después de varios fracasos estruendosos (literalmente estruendosos), conseguí arrancar sonidos de la máquina, y luego logré hacerlo con mayor seguridad, sabiendo lo que hacía, hasta que por fin ayer pude hacer música (una musiquita pobre y rudimentaria, pero música al fin). Todo esto sin que en el manual correspondiente figure una sola palabra acerca del sonido. Lo conseguí gracias a un programa que estaba en BASIC y que conseguí «abrir» y «listar», y que contenía algunos segundos de música. El trabajo más difícil fue desentrañar el larguísimo programa, ubicar en él un pequeño fragmento que refería a la música, y desentrañar el significado de una larga serie de sentencias encabezadas por palabras misteriosas.

29 de septiembre

Hoy no he tenido oportunidad de hacer estos ejercicios (los que, como todo ejercicio, conviene que sea diario) a la hora de siempre, sobre el mediodía —en rigor, la primera actividad del día después del desayuno—, y por lo tanto los estoy haciendo en realidad el día 30 a las 03:00 A.M. Resultaría comprensible, creo, que los resultados no fuesen tan buenos como es de desear. Los estoy haciendo a esta hora porque, después de terminados los compromisos que me impidieron hacerlos a la de costumbre, me olvidé, y me puse a trabajar en la computadora, prosiguiendo con mi investigación del sonido. Finalmente conseguí una interesante serie de gorjeos, como de pájaros, que grabé, aunque todavía no estoy muy seguro de cómo los conseguí. Anteriormente, y por un método similar, o igual, pues no recuerdo bien los pasos exactos, había conseguido un sonido como de guitarra o mandolina; esto no lo grabé, y lo perdí, al menos por ahora.

Todavía no tengo muy claro cómo se forma el sonido; sé cómo se produce sonido, pero no un sonido determinado, ya que intervienen en la formación de cada uno tres valores —o cuatro, si contamos el valor

duración—. Lo más desconcertante es que la variación de uno de estos valores produce a veces los mismos efectos que la variación de otro de esos valores. Se investiga; se sigue investigando. Por ahora tengo gorjeos.

30 de septiembre

Hoy comienzo un poco más temprano que ayer: 22:25. Pero noto que la letra me está saliendo demasiado chica. Veamos: un pequeño esfuerzo de crecimiento. Ahora está mejor. Cuidado con achicarse. Bien. Ahora, a prestar atención al dibujo de cada letra. Dibujo de cada letra. Dibujo de cada letra. Sin apuro. ¿Pero cómo carajo era que se escribía la S mayúscula? S. L. §. &. No hay caso. No puedo recordarla. A B C D E F G H I J K L M N Ñ O P Q R S T U V W X Y Z. En fin; no recuerdo la K ni la S, ni estoy muy seguro de la Q. (Llega mi mujer a fastidiar. Es tremendamente celosa de mi soledad; no hay caso de que alguna vez me vea concentrado en algo distinto de ella, que no trate por algún medio de desconcentrarme, hacerme perder el hilo, el clima, desparramar mis jugos cerebrales en todas direcciones. En mi experiencia, se trata de una ley general. También en la experiencia de algunos hombres que conozco. Pero es algo que no termino de entender bien y que me estropea bastante la vida. En realidad estos ejercicios que estoy haciendo para afirmar mi carácter son una torpe sustitución de la literatura. Pensaba que podría escribir una hojita como esta diariamente sin problemas —pero no cuando mi mujer está en casa.)

1.º de octubre

Adelante, pues, con la terapia grafológica. Debo confesar que ya he percibido algunos resultados psíquicos positivos, o al menos así lo creo; todos ellos relacionados con la autoafirmación en distintos aspectos. De todos modos, aun cuando esta creencia mía sea errónea, me resulta útil (en verdad, no conozco ninguna creencia auténtica, es decir, coherente con la

realidad, que arroje resultados prácticos interesantes. Aunque toda creencia es falsa, es decir, no coherente con la realidad de los hechos, en tanto que una creencia es algo limitativo, pobre, incapaz de abarcar toda la rica variedad y dimensionalidad del Universo; pero justamente, por ser limitativa, y mientras no sea descabelladamente delirante —y a veces a pesar de serlo—, la creencia produce un efecto sumamente eficaz, concentrado, en toda acción. De modo que para triunfar en la vida es preciso creer en algo, o sea estar, por definición, equivocado).

Dejémoslo así. Yo creo que esto me hace bien, me afirma. Por eso me alegro y extraigo nuevas fuerzas para seguir luchando por mi recuperación, eso que parece tan distante y difícil, si no imposible de lograr. Desde luego, avanzaría mucho más rápido si no encontrara tajantes oposiciones en ciertos núcleos del mundo exterior; bien sé que cada paso que doy tendiente a afirmarme, es severamente castigado desde afuera. Pero sigo luchando, y triunfaré.

2 de octubre

Me sigue preocupando el problema de la fabricación de sonido en la computadora. Es un problema doble. Por un lado, no termino de comprender la función de cada uno de los tres valores que intervienen en la producción de cada sonido; por otro lado, aun dominando la selección de notas, no consigo hacer con ellas verdadera música, ni siquiera una melodía muy sencilla. Tampoco manejo los ritmos, ni desde el punto de vista de la técnica de la computadora, ni desde el punto de vista musical.

3 de octubre

Hoy es un día de plafón bajo. Alicia no se siente bien, y es comprensible, ya que su empleada doméstica anunció abruptamente que hoy era su último día de trabajo aquí en la casa, pues había conseguido un

empleo de oficina donde pasa a cobrar inicialmente casi dos veces y media lo que cobraba aquí. Esto es para nosotros una verdadera tragedia, similar a la muerte de un pariente o de un amigo íntimo. En fin, espero que el tiempo, que todo sabe cubrirlo con un manto de olvido, vaya poco a poco limando el dolor de esta enorme pérdida, aunque bien es sabido que no hay en este mundo ser nacido de mujer que pueda compararse a la buena, eficaz, sumisa, taciturna, inefable Antonieta.

4 de octubre

Mal día para ejercicios caligráficos —y para muchas otras cosas—. Está lloviendo (lo cual me resulta agradable, pero me predispone aún más para el ocio o el sueño), ayer (hoy) me acosté pasadas las cinco de la madrugada, a las diez y treinta me despertó un camión-parlante que vociferó durante mucho tiempo cerca de casa la grosera y estúpida promoción de una rifa, a un decibelaje intolerable, y más tarde, sin que hubiera podido retomar un sueño profundo —estaba en una especie de duermevela—, fui despertado definitivamente a las doce y treinta por Juan Ignacio y su abuela, que gritaban a dúo llamando al perro. Por todos estos motivos tengo los ojos ardiendo y muy poca fuerza de voluntad. Noto, sin embargo, que a pesar de ciertas transgresiones mi letra es grande y clara.

6 de octubre

Es apropiado y positivo tener un rito como este de escribir todos los días como primera actividad. Tiene algo del espíritu religioso que tan necesario es para la vida y que, por distintos motivos, he ido perdiendo cada vez más con los años, acompañando en este proceso a la Humanidad. Me fastidia ser tan influenciado y dependiente de una sociedad con la cual no comparto la mayor parte de sus opiniones, motivaciones, objetivos y creencias. Pero uno no tiene casi significación como ser aislado, por más que se haya

fortalecido como individuo y por más que profese un acentuado individualismo. La verdad de los hechos es que no somos otra cosa que un punto de cruce entre hilos que nos trascienden, que vienen no se sabe de dónde y van no se sabe adónde, y que incluyen a todos los demás individuos. Este mismo lenguaje que estoy empleando, no me pertenece; no lo inventé yo, y si lo hubiera inventado no me serviría para comunicarme.

Este trivial divagar fue interrumpido por Juan Ignacio (quien ahora se asoma y ve su nombre escrito y quiere saber de qué se trata). (Escribo entonces: «Juan Ignacio es tonto».)

13 de octubre

Soy un chico malo. Hace varios días que no hago mis deberes. También hace muchos días que no me baño. Huelo muy mal.

Todo comenzó con la desaparición de Antonieta. Nuestra casa no ha vuelto a ser la misma. No es que fuera gran cosa, pero ahora es mucho peor. No termino de comprender por qué sucede esto. Yo he tenido en ciertas épocas de mi vida empleada doméstica, y sus ausencias no me resultaban demasiado perturbadoras. Venían una o dos veces por semana y liquidaban el trabajo en dos o tres horas. Mi casa estaba razonablemente limpia, tal vez por el hecho de que soy una persona ordenada. En la cocina se iban acumulando platos sin lavar, pero cuando llegaban a molestarme me remangaba y los lavaba yo. La cama permanecía sin hacer, pero tampoco la deshacía demasiado para dormir, y de noche bastaba con estirar un poco las sábanas y las frazadas. No veo el drama de una cama sin hacer o de unos platos sin lavar. Pero en esta casa lo que prima no es mi criterio («El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado»), sino que se vive en una rígida estructura determinada por la Limpieza, la que pasa a ser un valor que se ubica por encima de la Gente y de la Vida.

16 de octubre

Ayer conseguí escribir sólo tres líneas y media de estos ejercicios; después fui interrumpido y ya no pude continuar. Justamente, había comenzado a escribir acerca de las interrupciones, mejor dicho: de la necesidad imperiosa de conseguir una continuidad en mis actividades, un orden, una disciplina —porque la dispersión y la inanidad de los días son apabullantes, deletéreas, conllevan pérdida de identidad y le quitan significación al existir.

No es que yo me defina por mi actividad, ni soy una de esas personas que no saben vivir sin estar haciendo algo, o que son capaces de aburrirse. No; cuando hablo de continuidad en mis actividades lo mismo podría hablar de continuidad en mi ocio. Lo importante es la continuidad en sí misma; el peligro psíquico proviene de la fragmentación, al menos en mi caso particular, y en esta etapa de mi vida.

El agente siniestro no es la interrupción ni el cambio de actividad, sino la interrupción abrupta, el cambio de actividad no deseado —cuando no he tenido la oportunidad de completar un proceso psíquico, sea en la actividad o en el ocio.

Otro factor deletéreo es la acumulación de cosas por hacer que, a causa de las interrupciones, no encuentran nunca su momento. Así, los días y las semanas y los meses van pasando, y lo no realizado se amontona y presiona, y no encuentro la forma de llevarlo a cabo, a menos que, como en el caso de mis entregas mensuales de crucigramas, se vuelva urgente. Vivo de urgencia en urgencia.

17 de octubre

He descubierto que el sistema de interrupciones que gobierna esta casa proviene del hecho de que Alicia es un ser fractal (ver Mandelbrot), con un patrón fractal de conducta. Y como ella determina el curso de los acontecimientos en la familia, todo nuestro transcurrir es fractal, y sólo puede evolucionar de manera fractal, como un cristal de nieve.

La fractalidad psíquica debe corresponderse sin duda con alguna fractura psíquica. Estos fenómenos creo que no han sido estudiados como

correspondería. Por el momento, podría formular una especie de ley para el comportamiento general de esta familia en la que estoy inmerso: «Todo impulso hacia un objetivo será desviado inmediatamente hacia otro, y así sucesivamente, y el impulso hacia el objetivo primero podrá ser retomado o no».

25 de octubre

Hoy he transgredido mi propósito de un viraje hacia una vida más sana, con menos actividad en cosas como lectura y computadora, justamente por un irresistible impulso de usar la computadora. Siempre tengo en mente alguna idea para poner en práctica o alguna curiosidad que necesita ser imperiosamente investigada. Creo que la computadora viene a sustituir lo que un tiempo fue mi Inconsciente como campo de investigación. En mi Inconsciente llegué a investigar tan lejos como pude, y el subproducto de esa investigación es la literatura que he escrito (aunque al mismo tiempo también la literatura oficiaba como instrumento de investigación, al menos en ciertas instancias).

Y la verdad es que el mundo de la computadora se parece mucho al mundo del Inconsciente, con cantidad de elementos ocultos, con un lenguaje a desentrañar. Es probable que sienta agotadas mis posibilidades de investigación del Inconsciente, y por otra parte con la computadora se corren riesgos mucho menores, o de otro tipo.

Lo más curioso es el valor que le atribuyo a la investigación de algo que, en definitiva, no representa para mí ninguna utilidad. Sin embargo reconozco que lo percibo como un valor inmenso, como si en la máquina hubiera ocultas unas claves de importancia vital (otra vez me distraje con el tema y no presté atención al dibujo ni al tamaño de la letra).

26 de octubre

En estos días la primavera ha hecho eclosión, o mejor dicho se ha afirmado contundentemente por todas partes. Nuestro jardín se ha llenado de plantas que no hemos plantado, que aparecen aquí y allá como por propia iniciativa, o por inspiración del terreno, y que día a día se desarrollan velozmente, toman posesión, crecen. Hay proliferación de insectos y una febril actividad de las hormigas. Por las calles, se ven muchachas también florecientes, con pechos que parecen despertar y empujar con fuerza las delgadas telas que apenas los disimulan, y en las miradas hay atrevimiento, placer de existir, presencia de vida.

Mi primavera personal consiste fundamentalmente en la toma de altas dosis de psicofármacos, para intentar (vanamente) un control de la natural ansiedad que corre por las venas. En esta casa todas las estaciones son iguales, igualmente depresivas por opresivas. Hay un gran reloj oculto que marca el mismo tiempo para todos los días, todos los meses, todos los años; un reloj que marca el ritmo de la sangre en las venas, de las palpitaciones del corazón, de los deseos prohibidos, y a veces —si el reloj lo dispone— permitidos con cuentagotas. La Vida, con su propia lógica, sus propios anhelos y necesidades, transcurre en alguna parte, pero no aquí. Aquí transcurre la improductiva soledad del preso, el frío interior que el verano no disipará. El tiempo no corre junto a nosotros ni nosotros sabemos jugar con el tiempo; el tiempo es sólo un asesino, lento pero seguro, que nos mira con un dejo de burla por debajo de su guadaña, y nos permite ir disfrutando en cómodas cuotas del frío que nos está esperando en la tumba que lleva nuestro nombre.

27 de octubre

Hoy voy a tratar de eludir temas interesantes para tratar de progresar en el trazado de las letras —cosa que he olvidado casi por completo—. ¿Qué puedo escribir, que no sea demasiado interesante como para que me distraiga de mi propósito, y al mismo tiempo no me resulte tan aburrido que deje el trabajo a medio hacer, entre grandes bostezos?

(Vino Juan Ignacio a interrumpirme. En esta casa no faltan interrupciones, como creo haber señalado en alguna oportunidad. Pregunta por su madre. Le digo que no está.) (Pero no voy a entrar en el tema de las interrupciones, aunque en este momento alguien está haciendo sonar el timbre de la puerta de calle.) (Entra Ignacio para volver a preguntar por su madre, en este caso no por las suyas sino de parte del señor que había tocado timbre, como si mi respuesta pudiera ser ahora distinta: «No está».) (Pero, decía, no voy a entrar en el tema de las interrupciones porque, como es algo que me afecta directamente y es causa principal de mi lamentable estado psíquico, es un tema interesante, y yo me había propuesto al comienzo de este trabajo eludir los temas interesantes, aunque también los temas poco interesantes conspiran contra el buen trazado de mi letra, claro que por distinto motivo.)

28 de octubre

Prosigo, tratando de desarrollar temas poco interesantes, inaugurando tal vez una nueva época del aburrimiento como corriente literaria. Hoy comencé, hace dos renglones, con una letra de tamaño muy. grande, la que en el segundo renglón se redujo bastante. ¿Por qué se redujo? Porque empecé a prestar atención a la forma de continuar la frase que había comenzado, queriendo evitar incoherencias. Y la conclusión es que, limitada como es, mi atención no puede ocuparse de dos cosas distintas. Aquí lo prioritario es la letra y no el estilo, de modo que las incoherencias están permitidas. Afloja la tensión, muchacho, y dedícate a tu laboriosa tarea de dibujo. No es fácil olvidarse de la necesidad de coherencia. Aunque después de todo la coherencia no es más que una compleja convención social. Sospecho que la frase anterior es una gran mentira, pero ahora no tengo el derecho de ponerme a analizar esas cosas. Otras cosas, tampoco. Debo caligrafiar. De eso se trata. Debo permitir que mi yo se agrande por el mágico influjo de la grafología. Letra grande, yo grande. Letra chica, yo chico. Letra linda, yo lindo.

2 de noviembre

Hace varios días que no realizo estos ejercicios grafológicos pero por buenos motivos, ya que —sea por las circunstancias, sea por un resultado efectivo de estos ejercicios— anduve bastante dinamizado en distintas actividades. La más importante de todas, por lo menos a mis ojos, es la casi subterránea tarea, a medias onírica, a medias vigil, de intentar el resurgimiento de mi capacidad imaginativa y, consecuentemente, mi literatura. En los aspectos prácticos esto se redujo a la revisión final de un cuento escrito hace unos años, y a ponerlo en un sobre y enviarlo para ver si lo publican en algún lado. También estuve muy ocupado en materia de relaciones internacionales y me puse al día con corresponsales en el extranjero, y esto implicó la nada fácil (en Colonia) tarea de conseguir buenas fotocopias. Lo que en un lugar civilizado se habría resuelto en un par de horas, aquí demandó tres días.

Creo que no me está saliendo buena letra, y escribo muy ansiosamente. Sin embargo es una letra que me parece inteligible, y en la que se han ido incorporando con naturalidad muchos de los rasgos que me he esforzado en practicar; otros, todavía no. Por ello debo continuar con la escritura lenta y con los temas poco interesantes, de modo de seguir incorporando con paciencia y mediante la reiteración esos rasgos que considero esenciales para que mi letra vuelva a ser legible del todo y para que, en forma paralela, se incorporen también a mi conducta los rasgos que la letra delataría ante un examen grafológico, una vez que fuera como he pensado que quería que fuera, de modo de poder afirmar que «soy el artífice de mi destino»; es una pretensión tal vez excesiva, pero pienso que a veces no está mal apuntar demasiado alto, sobre todo en un medio donde todo condiciona a que se apunte bajo, y donde la mediocridad es uno de los méritos más celebrados.

13 de noviembre

Usted sabrá (y escribo «Usted» porque necesitaba practicar la U mayúscula) que he comprobado la eficacia de estos ejercicios para templar la mente y disponerla para la jornada; por ello es una grave falta comenzar el día con otro tipo de tarea (como por ejemplo los aniquiladores crucigramas) y dejar este saludable ejercicio para un momento posterior, que a veces no llega, o llega demasiado tarde.

En cierto momento, y no hace mucho tiempo, el ejercicio caligráfico diario estuvo a punto de volverse un ejercicio literario. Tuve la fuerte tentación de transformar mi prosa caligráfica en prosa narrativa, con idea de ir fabricando una serie de textos como peldaños de una escalera que me elevara de nuevo a las añoradas alturas que había sabido frecuentar hace ya mucho tiempo. Pero el Tentador siempre mete la cola, siempre está agazapado espiando el corazón del Hombre, y eligió ese momento para tentarme con la posibilidad de un trabajo (temporario) que me permitiría reunirme con cierta suma de dinero, necesaria para ponerme al día, para no tener deudas y para tener una cierta cantidad de dinero, tranquilizadora, en el bolsillo. Así que terminé por aceptar ese trabajo, y allí se fue al diablo mi determinación de escribir y, por unos días, también estos ejercicios. Ahora, al retomarlos, me vuelve el deseo de escribir. Quiero escribir y publicar. Tengo necesidad de ver mi nombre, mi verdadero nombre y no el que me pusieron, en letras de molde. Y más que eso, mucho más que eso, quiero entrar en contacto conmigo mismo, con el maravilloso ser que me habita y que es capaz, entre muchos otros prodigios, de fabular historias o historietas interesantes. Ese es el punto. Esa es la clave. Recuperar el contacto con el ser íntimo, con el ser que participa de algún modo secreto de la chispa divina que recorre infatigablemente el Universo y lo anima, lo sostiene, le presta realidad bajo su aspecto de cáscara vacía.

15 de noviembre

Tratemos, mediante este ejercicio, de templar la mente para la jornada (que se presenta difícil, aunque esas presentaciones no quieren decir mucho: ayer, por ejemplo, todo se presentaba de maravillas y en eso me avisan los

vecinos que Ignacio estaba en viaje hacia aquí, porque se había sentido mal en la escuela. Eso borró de un plumazo mi tranquilidad del resto del día de ayer y también del de hoy, que estaba destinado a mi absoluta y placentera soledad porque la escuela había planeado una excursión. De modo que ahora Ignacio —quien se siente lo más bien — está en casa, en la cama por abulia y propia decisión, llamándome de tanto en tanto para tenerme bajo su control y hacerme sentir su poder, y yo teniendo que obedecer —pues su madre está en Caracas— con la culpable solicitud debida a un enfermo).

20 de noviembre

Veamos si hoy puedo recuperar el aplomo necesario para dibujar convenientemente las letras. Hoy me desperté con una marcada sensación de disgusto conmigo mismo. Ese disgusto tiene que ver, según he podido percibir, con el hecho de llevar ya demasiado tiempo —demasiados años— viviendo fuera de mí mismo, ocupándome de cosas que suceden fuera de manera exclusiva. Y, de todos modos, cuando en algunas oportunidades he logrado llevar la mirada hacia adentro, no me he conectado con las partes más sustanciales de mí mismo, sino con los aspectos más triviales, «subconscientes». ¿Qué se ha hecho de mi alma? ¿Por dónde andará? Hace un rato le decía a Alicia que me sentía mal porque hace mucho tiempo que no me conecto con la eternidad. Esto quiere decir que percibo las cosas superficialmente, que no tengo vivencias, que estoy apartado del Ser Interior; demasiado apartado, y sin tener la menor noción de los caminos posibles para acercarme. No importa qué es lo que se está viviendo cuando uno está apartado de Sí Mismo; todo carece igualmente de peso, todo transcurre sin dejar ninguna huella memorable.

La causa de todo no está, como a menudo tiendo a creer, en los reclamos del mundo exterior, sino en mi apego, o mi compromiso, con estos reclamos.

Debo seguir pensando en esto.

21 de noviembre

Ya que he recibido justas críticas a mi letra de los últimos días, hoy trato de poner lo mejor de mí mismo para conseguir una letra elegante, esbelta, grande y legible. Hay algo en el clima de Colonia que es verdaderamente maligno y desorganiza el sistema nervioso. Hoy me levanté temprano y salí antes del mediodía a hacer unos mandados y (esto lo traigo a colación por lo de la letra «esbelta») sentí el cuerpo monstruoso y desorganizado, como si me hubiera transformado en una especie de sapo con la barriga horriblemente hinchada, movido trabajosamente por unas patas cortas y gruesas aunque débiles. Caminar tres o cuatro cuadras en este clima tormentoso y en esta ciudad es una tarea de cíclopes. La desesperación se pega a la piel, como el calor pegajoso. No se puede pensar en otra cosa que en encontrar algún lugar oscuro y fresco para tirarse allí y dejar que pase la vida. Como dice Juan Ignacio, «es una lucha».

Pero ya no estoy poniendo lo mejor de mí mismo en la letra; me distraigo con los temas y me olvido del dibujo. No puedo atender ambas cosas al mismo tiempo. Ahora sí, estoy pensando exclusivamente en las palabras que dibujo. De modo que no intentaré otra cosa que dibujar. Nada de dejar entrar pensamientos ajenos a lo que es el dibujo de la letra. Es aburrido. No se me ocurre qué escribir, como no se le ocurre a uno qué decir cuando le ponen un micrófono por delante y le piden que diga cualquier cosa. Parece que la función de escribir o de hablar es por completo dependiente de los significados, del pensar, y no se puede pensar conscientemente en el pensar mismo; de igual modo no se puede escribir por escribir o hablar por hablar, sin significados.

22 de noviembre

Ayer pude advertir que los días en que la letra se me desarregla coinciden con un notable incremento en la cantidad de cigarrillos que fumo; conclusión, la mala letra se debe a la ansiedad. Queda por averiguar ahora

las causas de la ansiedad, cosa que no sería fácil de no mediar un sueño que tuve el otro día. Hay en ese sueño, en algún tramo del sueño, una historia borrosa que tiene relación con la guerra y con soldados o policías de los cuales yo debía ocultarme. Pero la trama principal se desarrolla en torno al tema de unas bicicletas que mis padres estaban dispuestos a vender, y que eran mías.

(Interrupciones varias; actuales, no del sueño. Vino, fuera de hora, la psicóloga a atender un paciente en el consultorio que comparte con mi mujer; junto con ella entró el perro; también entró su hijo —de la psicóloga, quiero decir— a quien traía para que Ignacio lo entretuviera. Ignacio trató de huir pero ya era tarde: ahora lo está entreteniendo. Vino la arquitecta. Volvió a entrar el perro, al que había hecho salir no sin esfuerzo. La arquitecta trajo nuevos planos y presupuestos, en relación con la casa que hemos comprado. Las cosas se complican cada día más.)

Las bicicletas eran mías, y me angustiaba que mis padres las fueran a vender.

23 de noviembre

En esta casa no se privan de ningún recurso para entretenerme o divertirme (aunque yo no lo desee). Por ejemplo, hoy Alicia tuvo la idea de poner en remojo una túnica de Juan Ignacio, dentro de un balde con agua jabonosa, y luego dejó el balde en la cocina, bajo la ventana, entre unas sillas y la cocina eléctrica. Horas más tarde, mientras yo tomaba en la cocina un pocillo de café e intentaba leer un capítulo de una novela policial, Ignacio se me acercó, como ahora acostumbra a hacer con frecuencia, a darme charla (por lo general acerca de temas más o menos afines al sexo). Se sentó, según su estilo informal y displicente, medio de costado en la silla y apoyó uno de sus pies en el borde del balde. Mientras habla, tiene la costumbre de moverse con inquietud para aquí y para allá. En uno de esos vaivenes, el pie resbaló del borde, se metió dentro del balde e hizo que se volcara. Todavía no me explico cómo, si Ignacio quedó parado y si la pierna es más o menos vertical, o en todo caso diagonal, el balde pudo quedar

completamente acostado en el suelo y con la pierna de Juan Ignacio dentro. Él no podía sacar la pierna ni enderezar el balde, y no atinaba a otra cosa que a contemplar con los ojos llenos de asombro cómo el balde se iba vaciando por completo. Así, el piso de la cocina fue quedando totalmente inundado, mientras yo tomaba rápidamente posiciones estratégicas con mi libro, mis lentes de leer y mi pocillo de café; es decir, me vine a mi escritorio. Cuando volvió Alicia, después de algunos ataques de furia y desesperación tuvo lugar una escena tan divertida como la anterior: Ignacio y yo, recostados cómodamente al marco de la puerta de la cocina, contemplando con atención cómo Alicia se esforzaba por secar el piso. Estábamos en eso con total inocencia, cuando una mirada asesina que nos dirigió Alicia me hizo tomar conciencia de la gracia de la escena y, después de ponerme prudentemente fuera de su alcance, empecé a reírme a carcajadas.

25 de noviembre

Tengo plena conciencia de que estos ejercicios caligráficos han ido derivando en ejercicios narrativos; hay un discurso —un estilo, una forma, más que un pensamiento— que se impone ansiosamente a mi voluntad. La hoja en blanco es como un gran postre de chocolate que mi régimen me prohíbe comer y que derrota a mi voluntad. Aunque estrictamente nada ni nadie me prohíbe escribir lo que quiera y como quiera, y aunque tengo varias resmas de hojas en blanco, y podría usarlas en una cosa y en otra, hay un factor extraño, que sería apresurado llamar «factor tiempo» (es más bien un «factor ansiedad»; y si bien la ansiedad está y estuvo siempre en estrecha relación con el tiempo, son dos cosas muy distintas); hay, decía, un factor extraño que me impone superponer ambos actos en uno solo, y de ese modo se frustran ambos, pues el resultado no es una cosa ni la otra. Ahora bien: ese factor extraño, que he definido como ansiedad, ¿a qué se debe? La respuesta que me doy en forma inmediata —y por lo tanto sospechosa de superficialidad— es que el ejercicio caligráfico «me está permitido», y el narrativo no. El discurso surge dominando a la prohibición —y el

resultado de esa pugna entre el escritor y el superyó es tan desesperante como suelen serlo todas las transacciones forzadas, como un sueño erótico que deriva en imágenes veladas, simbólicas, en saltos argumentales, en infinitas postergaciones.

Ahí está: el acto narrativo libre es lo que vengo postergando indefinidamente desde hace años, con una u otra excusa. Y no es que me cueste abandonar la idea de escribir —conscientemente, diría que hasta no tengo ganas de escribir— pero las ganas surgen apenas tomo el bolígrafo y enfrento la hoja en blanco.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

EL DISCURSO VACÍO

25 de noviembre

Hay un fluir, un ritmo, una forma aparentemente vacía; el discurso podría tratar cualquier tema, cualquier imagen, cualquier pensamiento. Esa indiferencia es sospechosa; presiento que tras la apariencia de vacío hay muchas, demasiadas cosas. El vacío nunca me asustó demasiado; en ocasiones hasta llegó a ser un refugio. Lo que me asusta es no poder huir de ese ritmo, de esa forma que fluye sin develar sus contenidos. Por eso me pongo a escribir, desde la forma, desde el propio fluir, introduciendo el problema del vacío como asunto de esa forma, con la esperanza de ir descubriendo el asunto real, enmascarado de vacío.

No quiero forzar las cosas con imágenes del pasado o explicaciones de la situación presente, que siempre suenan falsas: me gustaría dejar hablar a esa forma para que se fuera delatando por sí misma, pero ella no tiene que saber que yo espero que se delate porque enseguida se me escurriría otra vez hacia la apariencia de vacío. Tengo que estar alerta, pero con los ojos entornados, con un aire distraído, como si no me importara el discurso que se va desarrollando. Es como entrar en un estanque con peces, y esperar que se aquieten las aguas agitadas y los peces se olviden de que algo agitó las aguas, y se acerquen, y comiencen a pasear su curiosidad próximos a mí y a la superficie del estanque; entonces podré verlos y, tal vez, atrapar a alguno.

Lo que no puedo hacer es pensar en un lector distinto de mí; a otros lectores posibles temería aburrirlos con páginas y páginas llenas de nada, someterlos a mi propia espera disimulada, a la misma actitud —un tanto interpretativa— de una delación de la forma. Tal vez, si hubiera un lector que no fuera yo mismo, ya habría descubierto en las líneas escritas algo del contenido real del discurso; y esa idea me perturba todavía más que la idea de aburrir al lector. Me resultaría muy humillante delatarme ante los ojos del lector mientras yo continuo esperando la delación, ajeno a esa delación que ya se produjo. Y es muy probable que ya se haya producido. Por lo pronto, esa imagen que ha aparecido de un lector hipotético más astuto que yo, tiene mucho de paranoica. El discurso se va revelando como un discurso paranoico. Muy bien: algo es algo. Pero temo que con este descubrimiento, que no añade nada a mi conocimiento de los contenidos del discurso, haya provocado la desbandada de los peces en el estanque.

Esperemos. Distraigamos la atención. Como es difícil hablar de nada, lo más conveniente es distraer la atención del discurso rellenándolo con asuntos triviales; algo sin relación con el tema y que ni siquiera aluda a mi estrategia de distracción. Debo retirar la mirada del discurso y trasladarla a un posible contenido trivial. Puedo elegirlo. Puedo, por ejemplo, hablar del tiempo (y esto tendría la ventaja de alejar definitivamente al lector posible, al lector más astuto que yo).

Pero acabo de ser interrumpido por el teléfono. Atendí porque estoy solo en casa y pensé que la llamada podría ser para mí pero, como sucede la mayoría de las veces, era una llamada para mi mujer. Estas interrupciones en mis actividades son muy frecuentes. La mayor parte de mi vida he vivido solo y sin interrupciones. Ahora vivo con una mujer, un niño, un perro y un gato (y una empleada doméstica, de lunes a sábado por las mañanas; hoy es domingo y es de tarde). El perro y el gato están en el fondo, más o menos apacibles; los problemas entre ellos suelen surgir a la hora de la comida. El perro tiene en la casa una antigüedad mucho más importante que la del gato; el gato es un recién venido desconocido, blanco, muy cauteloso en materia de afectos pero muy arriesgado, o inconsciente, frente a los peligros de otro tipo. El perro, desde la aparición del gato, está atravesando una crisis de celos.

Ejercicios

27 de noviembre

Consignemos, para que quede constancia en los siglos venideros, que son las 08:30 de la mañana. Si tenemos en cuenta el adelanto de la hora oficial (una maniobra de los gobiernos que no termino de comprender, pero seguramente ellos ganan algo y nosotros perdemos algo), son las 07:30 de la mañana. Ya he desayunado y estoy tomando café. Pero no estoy haciendo buena letra. Ahora sí. Para hacer buena letra sólo puedo escribir acerca de la letra, lo cual es muy monótono. Pero referirme sólo a la letra mantiene mi atención en el acto de escribir y me permite dibujarlas; de otro modo, mi atención se va desplazando hacia el discurso, y ya la mano se pone a escribir automáticamente, sin una voluntad que la dirija.

La voluntad: ese es el nudo de mi problema actual. He perdido mi fuerza de voluntad, la cual, por otra parte, nunca fue muy grande. Veamos: el yo se define como la parte consciente y voluntaria del ser —una compleja invención moderna, ya que durante milenios no había entre los seres vivientes ninguna cosa que se pareciera ni remotamente a un yo. Es decir, que para el ser implica un esfuerzo, un importante consumo de energía psíquica, mantener la existencia de este artificio no natural y antinatural. Por ahí vamos bien en la manera de situar mi problema actual de abulia, pero en cambio vamos mal en el asunto ese de mantener la atención en la letra, pues ya entré a apasionarme con el tema psicológico y la mano trabaja mecánica, automáticamente, sin una voluntad que la domine.

EL DISCURSO

27 de noviembre

En verdad, el perro me precedió también a mí en esta casa, y en esta familia; yo también, como el gato, soy un recién venido. Mi llegada significó para el perro una cantidad de cambios entre favorables y desfavorables; no imagino cuál puede ser su balance final (que quiero creer altamente positivo). El perro vivía permanentemente en el amplio fondo de la casa, cercado por una alta pared, un seto vivo y un tejido de alambre; jamás podía salir de allí. Pasaba la mayor parte del día con las patas apoyadas contra el tejido de alambre, mirando hacia el mundo exterior y ladrando cuando lo creía necesario. El tejido de alambre linda con un terreno baldío, que está en una esquina y tiene paredes muy bajas y medio derruidas. El terreno baldío es visitado a menudo por niños, adultos y animales; algunos de estos especímenes excitaban ciertos instintos del perro y este se ponía a ladrar con furia y tenacidad, y como ladrar le resultaba insuficiente para descargar toda la energía liberada por los instintos, corría de un lado a otro, a veces en círculos, a veces en línea recta, yendo y viniendo a lo largo del tejido lindero. También le producían reacciones similares cosas que sucedían en la calle o en la vereda de enfrente —un mundo que el perro sólo conocía a través de la vista y, hasta cierto punto, pero sólo hasta cierto punto, del olfato—. El sentido de la vista es muy poca cosa para un perro; imagino que ven algo así como una borrosa película en blanco y negro, o como las sombras de la alegoría de la caverna (ver Platón). El perro necesita ver pero sobre todo oler, y oler de cerca. En ciertas ocasiones necesita también del ejercicio del tacto. El oído, si bien extremadamente fino, parecería estar organizado fundamentalmente para la defensa, y supongo que es poco lo que puede aportar a una percepción estética y vital de la realidad.

El perro era, pues, un prisionero. De noche lo encadenaban por oscuras razones nunca sostenidas con coherencia; y también de noche ladraba a menudo, o producía sonidos de cadenas arrastradas, o hacía sonar un tacho de agua que volcaba y luego empujaba con la nariz sobre el piso de baldosas.

Siempre me preocupó, aun antes de instalarme en esta casa —la que muy pronto hemos de abandonar—, esa vida tan limitada y oscura del pobre animal. En un principio comencé por limitarla aún más, ya que sus ladridos nocturnos bajo la ventana del dormitorio, sumados al fantasmal ruido de cadenas y del tacho arrastrado, perturbaban mi sueño, y convinimos en trasladar su casilla a un patio interior descubierto, para mantenerlo aislado de lo que sucedía en la calle y en el baldío; y allí lo llevamos cada noche antes de irnos a dormir. El resultado fue bueno: el perro duerme tranquilo —salvo en algunas noches de luna llena, cuando coros de perros se alzan en la madrugada, por razones secretas que me gustaría conocer, y entonces nuestro perro se suma al coro con su voz distinta, familiar. Pero en general duerme tranquilo por las noches, y yo también.

El paso siguiente fue ocuparme de su alimentación. Se le daba de comer una sola vez al día, con lo cual había engordado mucho. Comencé a fraccionar su comida en varias tomas, un sistema probadamente eficaz para adelgazar, y este sistema estableció un vínculo especial entre él y yo, pues yo me transformé en *el que le da de comer*, personaje que para los perros es muy importante, digno del mayor respeto y admiración —o al menos eso dicen—; a mí me da la impresión de que el perro me considera más bien un empleado suyo, y a veces incluso me mira como tratando de evaluar mi real utilidad.

Preocupado por el asunto de su falta de libertad y por lo limitado de su mundo, se me ocurrió un día ir ensanchando poco a poco una abertura en el tejido de alambre; no en el tejido propiamente dicho sino entre una varilla de hierro vertical, que sostiene un extremo del tejido, y la pared contra la cual se apoya y a la cual está sujeta en varios puntos. Lo que hice fue ir separando poco a poco la varilla del muro. Si el perro realmente quería salir, pensaba yo, descubriría en algún momento la posibilidad de hacerlo por ese espacio, y le bastaría sólo un pequeño esfuerzo para terminar de ensancharlo y poder pasar el cuerpo. Yo no quería tener la iniciativa; quería que él conquistara por sí mismo su libertad, pues la única libertad verdadera, lo sé de sobra, es aquella que se conquista. Al mismo tiempo esa libertad del perro implicaba una responsabilidad, y yo no quería para mí la responsabilidad de lo que al perro pudiera sucederle, en su desconocimiento

del mundo, cuando pudiera andar libremente por él. Muchas noches he sufrido en silencio la tortura de imaginar al perro bajo las ruedas de un auto. Quería que él compartiera conmigo por lo menos algo de esa responsabilidad, ensanchando por sí mismo el hueco. Yo sugería; él debía ser quien realizara.

Ejercicios

28 de noviembre

Ayer había comenzado a desarrollar un tema interesante, pero en este momento no puedo recordar de qué se trataba, lo cual no deja de ser una ventaja para el ejercicio caligráfico en sí. Ayer, según recuerdo, había comenzado a escribir con paciencia y prolijidad, hasta que surgió ese tema interesante y el dibujo de la letra se fue desbarrancando. Espero que hoy no surja ningún tema interesante. Por otra parte, es difícil que surja, pues si bien hoy me levanté más tarde que ayer, de todos modos me siento somnoliento, como si no hubiera dormido la cantidad suficiente de horas, y con el cuerpo como molido. Creo que estoy viviendo una especie de crisis hepática, o digestiva. Y tengo ese estado como de alerta irritable, en el que cualquier ruido o movimiento inesperados me sacuden exageradamente; es una especie de vigilia a medias, como si una parte de mí, y una parte principal, siguiera durmiendo, mientras que la pequeña parte vigil está ocupada, entre otras cosas, en proteger a esa parte que duerme. Así, son muy escasas la capacidad de atención y la energía disponible para realizar actividades prácticas, como por ejemplo esta. Y aunque no haya surgido ningún tema interesante, advierto que la calidad de la letra ha ido disminuyendo progresivamente hasta que, cuatro líneas más arriba, me di cuenta de ello y comencé a esforzarme por hacer las cosas un poco mejor, con un éxito relativo. Afortunadamente, la hoja está llegando a su fin.

Espero que mañana, cuando emprenda de nuevo este trabajo, me sienta mejor que hoy.

EL DISCURSO

28 de noviembre

El discurso, pues, se fue llenando con la historia del perro; es un contenido falso, o por lo menos falso a medias, ya que muy bien esos contenidos pueden ser, como todas las cosas, tomados como símbolos de otras cosas, más profundas; pienso que, en verdad, difícilmente un discurso—salvo un discurso político—, un discurso cualquiera, encarado con honestidad, pueda presentar contenidos falsos.

Eso no quiere decir que mi discurso abstracto, mi ritmo, mi fluir, esté determinado por la historia del perro; sí quiere decir que, en el caso de esta historia del perro, ella pueda ser un símbolo de los contenidos reales del discurso, imposibles, por algún motivo, de percibir directamente.

Por ejemplo, en el tramo narrado de esa historia, podría pensarse ese hueco que voy ensanchando progresivamente en el alambrado lindero, como un paralelo de otro hueco, psíquico, que voy ensanchando progresivamente con miras a alguna forma de libertad, no del perro sino mía. Para decirlo de otra manera, algo dentro de mí —y tal vez por eso estoy escribiendo ahora— trabaja secreta y lentamente para horadar una defensa que se ha erigido en mí, un muro también construido secreta y lentamente para defenderme de algo, aunque se sabe que esas defensas, si bien relativamente útiles en su momento, con el tiempo actúan más bien como prisión del espíritu.

Y ahora que lo he pensado y dicho, me viene a la mente una instancia de hace unos pocos años, cuando levanté un muro de defensas no de modo secreto y lento, sino en forma por completo deliberada. O que supongo

deliberada; quiero decir que fue consciente, pero tal vez no tenía opciones; tal vez ese algo oculto en mí dio la orden imperiosa de hacerlo, y esa orden llegó a la conciencia y fue asumida por la conciencia como cosa de ella. Me refiero al día preciso —5 de marzo de 1985— en que dejé mi viejo apartamento céntrico en Montevideo y subí al coche de unos amigos que me iba a llevar, definitivamente creía yo en ese momento, a vivir en Buenos Aires. Si bien ese carácter de cosa definitiva no era seguro ni tajante en relación a Buenos Aires, sí lo era en relación a mi apartamento, sobre el que pesaba una orden de desalojo. En el momento de dejarlo yo sabía con certeza que no habría de volver a vivir allí. Y allí había vivido, bien o mal, un ochenta por ciento de los cuarenta y cinco años que tenía en el momento de subir al coche.

29 de noviembre

De modo que, valiéndome de la imagen del perro para rellenar el discurso vacío, o aparentemente vacío, he podido descubrir que tras ese aparente vacío se ocultaba un contenido doloroso: un dolor que preferí no sentir en el momento en que debí sentirlo, pues estaba seguro de no poder soportarlo, o por lo menos de no tener tiempo para irlo soltando lentamente de un modo tolerable. Porque el 5 de marzo de 1985, a primera hora de la tarde, subí a ese coche que me llevaría «definitivamente» a Buenos Aires, y el 6 de marzo de 1985, a las 10 de la mañana, debería comenzar a trabajar en una oficina en Buenos Aires. Y debería comenzar a adaptarme a la vida en otra ciudad, en otro país. No había tiempo para sentir dolor y opté por anestesiarme.

Ese acto de anestesia fue una operación psíquica consciente, a la que en ese momento llamé «bajar la cortina metálica» y un poco más tarde llamé «psicosis controlada»: una operación de negación de la realidad, que básicamente consistía en decirme repetidas veces: «No me importa dejar todo esto», «Estoy contento de dejar todo esto, esta ciudad que me oprimió, esta ciudad que he visto destruirse en los años de la dictadura, este apartamento donde viví, sufrí y amé, estos amigos, para los que el

apartamento era un lugar de reunión y casi de terapia». No me lo decía con palabras sino con una acción mental indescriptible, que podría asimilarse con la de cerrar conductos, desconectar cables, levantar barricadas ante la amenaza de cada sentimiento que pretendía formularse. Yo sabía que no era cierto, que sí me importaba, que no me alegraba. Me alegraba, sí, la perspectiva de comenzar una nueva vida, de encarar nuevas experiencias a una altura de la vida en la que, yo pensaba, no habrían de producirse ya grandes novedades.

Hasta ese momento había sentido mi vida como realizada —no satisfactoriamente realizada, pero ya sin horizontes de cambio—. El año anterior me había preparado cuidadosamente para la muerte, y si la muerte clínica no había llegado, había llegado en cambio una muerte espiritual que, duro es decirlo, todavía perdura, y tal vez perdure hasta la muerte clínica, duro es decir esto también. Sin embargo, la perspectiva de cambios era una perspectiva de vida, y tuve que juntar mucho coraje, y tenía que estar muy desesperado para hacerlo, pues pensaba que mis energías ya no eran suficientes para cambios de ningún tipo. Hizo falta mucho coraje para hacer ese movimiento hacia los cambios que parecían imposibles, hubo que apelar a todas las reservas de energía psíquica, hubo que disciplinarse de una manera feroz, hubo que acorazarse contra el miedo. No podía permitirme sentir miedo, como tampoco podía permitirme volver la mirada hacia las cosas que dejaba atrás.

Ejercicios

30 de noviembre

Anoche me acosté tarde (04:00 A.M.), hoy me levanté tarde y con dolores en todo el cuerpo. Tengo mucho trabajo por hacer y además conseguí el folleto del SMART-LOGO; presumo por lo tanto que estos

ejercicios me saldrán mal. Observo que la letra viene muy pequeña; eso debe ser porque me siento culpable. Las cosas no marchan bien. Tengo la impresión de que todo en mí y a mi alrededor se desorganiza con demasiada facilidad. Si bien es cierto que debería ser más fuerte y no dejarme arrastrar por la locura del entorno, también es cierto que estoy acostumbrado a entornos más controlados por mí. No sé independizarme del entorno, por mucho que se hable de mi «torre de marfil». Estoy demasiado atento a las cosas que suceden. Por ejemplo, no puedo tranquilamente acostarme, cerrar los ojos y dormir, si sé que el resto de la gente de la casa está despierto. Eso sucede porque el resto de la gente de la casa no es confiable. Por ejemplo, si Ignacio está despierto, es seguro que se dormirá con la televisión encendida, y con la luz del cuarto encendida. Tampoco puedo estar seguro de que mientras yo duermo Alicia se ocupe de apagar la televisión y la luz, especialmente si ya está acostada, porque se duerme también sin darse cuenta y sin la menor preocupación por lo que pueda estar sucediendo. Tampoco es probable que se acuerde de sacar la basura, apague la luz, cierre las persianas y las ventanas de su consultorio, cierre con llave y no con pasador la puerta de calle y coloque el felpudo contra la rendija de la puerta, ni que guarde la comida en la heladera, prepare su despertador y, sobre todo, se abstenga de hacer ruidos y movimientos después de que yo me haya dormido.

EL DISCURSO

30 de noviembre

Pero me parece prudente retomar la historia del perro y el gato, pues todavía no estoy en condiciones de meterme en profundidad en estos dolorosos temas de mi pasado, especialmente si se piensa que la «psicosis voluntaria», con el correr de los meses y de los años, fue fijándose y

haciéndose no tan voluntaria. Hoy me cuesta un enorme trabajo tratar de dar marcha atrás y no estoy seguro de que pueda conseguirlo. Tampoco estoy seguro de que estos contenidos del discurso sean los contenidos reales; es posible que todavía se enmascaren muchas otras cosas. Más que posible, diría que es un hecho cierto; sin embargo, no tengo una pasión psicoanalítica y me contentaría con desvelar moderadamente ese aparente vacío, sin necesidad de remontarme a las primeras causas, seguramente preverbales.

El perro, pues, permaneció indiferente ante ese hueco que yo iba ensanchando día a día en el alambrado. O bien no se le ocurría la posibilidad de salir por allí, o bien se le ocurría pero le parecía demasiado riesgoso. Pasó alrededor de un mes para que se decidiera una tarde a meter el cuerpo entre la varilla y la pared y hacer el esfuerzo de aflojar la varilla un poco más, apenas un poco más, y salir al baldío; para ello debió llegar la época del celo. (Este tema del celo en los perros machos se me ha discutido, y no quiero abrir una polémica al respecto. Es posible que lo que yo llamo «celo» en mi perro sea una respuesta al celo real de alguna perra de las inmediaciones, pero de cualquier manera ello implica un cambio radical en las conductas del perro macho.)

En esa época, según descubrí luego, siempre cambia de personalidad, se vuelve eufórico, maníaco, más agresivo e impetuoso. Así, una tarde pasó con toda facilidad hacia el otro lado del tejido de alambre. Por un rato se dedicó a olfatear el baldío con una mezcla de fruición y de profundo interés, como un verdadero profesional, descubriendo quién sabe cuántas historias ocultas —esas historias que sólo el olfato puede revelar a un perro y que permanecerán para siempre ocultas a los humanos si estos no tuvieron oportunidad de presenciarlas mientras sucedían—. Estoy seguro de que el perro puede interpretar los olores y traducirlos en una comprensión cabal de los hechos que generaron esos olores. Los humanos estamos limitados a algunas asociaciones muy primarias, por ejemplo al abrir un cajón hace tiempo cerrado y percibir fugazmente el aroma de la partícula de un antiguo perfume, adherida hasta ese momento a la trama de una prenda. El aroma excita la memoria pero no añade a los humanos ningún conocimiento nuevo.

Yo he visto al perro, en estos días, salir al fondo impetuosamente desde el interior de la casa y reconstruir gracias al olfato toda una historia protagonizada por el gato y por mí unos cuantos minutos antes: cómo el gato me había seguido, frotándose contra mis piernas, en un recorrido sobre el piso de baldosas; cómo yo había vuelto sobre mis pasos con el gato al lado, y entrado a la casa; cómo había vuelto a salir con unos trozos de carne y cómo el gato los masticó parsimoniosamente cerca de la puerta. El perro siguió con total exactitud todos nuestros movimientos en su orden correcto, y yo pude ver en la expresión de su cara que estaba sacando conclusiones.

Pero me estoy apresurando en la introducción del gato. Estaba narrando recién la etapa de la primera salida del perro al mundo exterior, al menos en forma independiente; antes de eso, alguna que otra vez, muy pocas, lo habían llevado a la playa, en auto, y sujeto de una cadena de hierro —la misma que lo sujetaba por las noches cuando todavía su casilla estaba en el fondo de la casa.

3 de diciembre

Acabo de leer de un tirón todo lo que llevo escrito hasta el momento, y la lectura ha desatado una cantidad de asociaciones y de emociones, al punto de que me vuelvo a sentir paralizado, como en el cruce de varios caminos y sin saber qué dirección tomar —por más que sepa que cualquier dirección será tan buena o tan mala como las otras, ya que mi propósito inicial sigue siendo el mismo: capturar los contenidos ocultos tras el aparente vacío del discurso, y para ello no tengo apuro, o no debería tener apuro—. Pero cada día que pasa siento cómo crece mi ansiedad, e incluso puedo representar gráficamente esa ansiedad, mediante el dibujo de la curva de la cantidad de cigarrillos que fumo cada día. La clave de la ansiedad se halla probablemente en el hecho de que el tiempo nunca alcanza; y si me pregunto por qué en esta etapa de la vida el tiempo no me alcanza, me debo responder que por dos razones: una, que he asumido demasiadas responsabilidades (a lo que hay que sumar que también he adquirido mayor cantidad de elementos de dispersión); y la otra, que mi cuerpo se ha vuelto

mucho más exigente con la vejez (y en buena medida, son estas exigencias del cuerpo envejecido las que me han obligado a admitir, paradójicamente, más cantidad de responsabilidades).

Porque al cuerpo debo atenderlo con mayor cuidado que antes, cuando era menos vulnerable y podía someterlo a mayores carencias y esfuerzos; y estas atenciones al cuerpo cuestan dinero, y para ganar dinero es preciso establecer ciertos compromisos; y esos compromisos consumen tiempo. Pero también he adquirido nuevas responsabilidades por otros motivos, como por ejemplo el amor.

Por otra parte, lo que vengo buscando con afán desde hace tiempo es liquidar lo más pronto posible el trabajo acumulado para poder acumular un poco de buen ocio, y en estos días he descubierto que es una estrategia equivocada, fruto de una ilusión. Que he puesto la carreta delante de los bueyes. Que no se puede llegar al ocio a través de la acumulación de acciones, pues cada acción promueve la necesidad de nuevas acciones y uno se va viendo envuelto en una maraña interminable de pequeñas opresiones cotidianas. Lo que debiera tratar de hacer es trazar una raya simplificadora, que delimite las acciones indispensables de aquellas que no lo son, y me concrete a realizar el mínimo absoluto de lo indispensable.

Sin embargo, y no entiendo bien por qué, eso también me genera ansiedad; tal vez, se me ocurre ahora, porque lo que coloco de un lado de la raya como «no indispensable», me sea indispensable también, no de un modo racional pero sí vital. Y he aquí que también ahora mi discurso se ha enredado, y para colmo en este momento regresa mi mujer, que había salido a hacer unos mandados, y me trae unas informaciones que no puedo dejar de atender. Tal vez sea mejor así, y esta interrupción me libere del enredo del discurso.

Ejercicios

4 de diciembre

Me impongo la prioridad de este ejercicio, a pesar de la presión psíquica de otros trabajos, urgentes, a realizar. Trataré, justamente, de esmerarme más que otras veces en este ejercicio para seguir jerarquizándolo ante todo lo urgente y rentable. Es, en el fondo, una lucha por rescatar mi identidad y mis principios, en un momento de gran desbarajuste. Debo evitar ser arrastrado por el torbellino. Este torbellino nace, si no me equivoco, con la entrega de las llaves de la nueva casa; o tal vez antes, desde la búsqueda de una casa y la decisión de comprar esta que se compró. Pero antes era más bien un remolino no tan violento; es con la posesión de las llaves cuando comienza la vorágine. Creo que esto se produce fundamentalmente por la interacción de dos personalidades distintas, casi opuestas, como la de Alicia y la mía. Mi modo de ser me exige, y me permite, realizar las cosas de cierto modo y no de otro. Mi modo de realizar acciones tiene algo de zen; las cosas deben realizarse cuando las cosas están maduras para su realización, y ese momento es algo que debo sentir surgiendo de mi interior. Creo que todo tiene su momento apropiado, que responde a causas misteriosas externas y/o a un acontecimiento interior, a la culminación de un proceso interior de elaboración: llega un punto en el cual uno fatalmente ve, siente, percibe, sabe, cómo deben hacerse las cosas —y en ese preciso instante surgen simultáneamente las fuerzas para hacerlas. Ahora bien: Alicia, quien tiene la modalidad opuesta, yo diría de «falta de respeto por las cosas», cree que las cosas deben realizarse por obra de la sola fuerza de voluntad, independientemente de las circunstancias (externas o internas), contra viento y marea.

(segunda hoja)

Continúo desarrollando el tema mientras espero a una visita, lo que me impide sumergirme en otro trabajo más complejo y más ingrato de interrumpir una vez comenzado.

Es indudable que la modalidad de Alicia la hace mucho más eficaz que yo. A menudo la envidio por esa aparente facilidad para resolver imposibles. Ahora bien: de los momentos de mi vida en que yo he desarrollado similar modalidad y similar eficacia, he extraído la experiencia de que esa eficacia práctica tiene un alto precio espiritual.

... (*interrupción*)...

La modalidad eficaz implica desarrollar demasiado el sector práctico de la mente, en una especie de militarización del ser. Los problemas pasan a ser enemigos que enfrentar (y eventualmente destruir), y no amigos que incorporar. Los problemas, en esta modalidad, son encarados frontalmente y resueltos, no de la manera que conviene naturalmente al problema, sino de la manera que «a mí» me parece más rápida, económica y conveniente en ese momento. Hay como una falta de respeto por el problema —como esa falta de respeto que hay por la naturaleza cuando se poda la copa de un árbol en forma geométrica.

Esto no es bueno para el espíritu y, tampoco, a la larga, esa eficacia es auténtica eficacia. Cortamos el hilo en lugar de desatar pacientemente el nudo; luego, ese hilo no lo podemos volver a utilizar. La modalidad práctica irrita a la modalidad zen, y viceversa. Así es como vivimos con Alicia irritándonos mutuamente, y las cosas se van haciendo de cualquier manera, y ninguno de los dos tiene al fin una idea clara de cómo se tienen que hacer las cosas. Alicia piensa que debemos mudarnos lo antes posible, y yo pienso que debemos mudarnos en las mejores condiciones posibles, y esta contradicción crea el torbellino.

EL DISCURSO

4 de diciembre

Lo que terminó por liberarme del enredo del discurso fue una nueva conmoción en la Argentina, la que esta vez pude ver por televisión y desde fuera de la Argentina (aunque muy cerca de ella). Quedé horas como hipnotizado frente a la pantalla, viendo desfilar tanques y escuchando disparos de variado calibre, en aquellos paisajes familiares y queridos.

El discurso no se alteró, sino que se borró durante muchas horas. Hoy estoy en cero, recordando apenas confusamente que en algún momento debería atreverme a explorar aquella «psicosis controlada» que escindió de mi vida ese ochenta por ciento montevideano y sintiendo también confusamente que hay otra psicosis por explorar, más reciente, nada controlada, relativa a esos cuatro años vividos en Buenos Aires que también he borrado de mi memoria afectiva. ¿Qué porcentaje va quedando de mí mismo?

* * *

Una interrupción, como siempre. Pero esta vez es una interrupción significativa, una especie de invasión de mi propio discurso en la ausencia de discurso, en el cero de hoy: mi mujer viene de la calle con el perro a rastras, rezongando, y lo pone «en penitencia» en el patio interior; muy disgustada, me comenta que el perro acaba de matar a un pájaro.

Ejercicios

5 de diciembre

Cuanto mayores son mis esfuerzos por no perder la cabeza y mantenerme lo más entero posible dentro del torbellino, tanto mayor es el

empeño de Alicia por aumentar la intensidad del torbellino. Ataca desde todos los ángulos.

Ella decidió comprar una casa. Se resolvió por una que estaba muy por encima de sus posibilidades actuales de pagarla. Yo quedé amarrado a mi trabajo de crucigramista, que cobro en dólares, como forma de colaborar con el pago de la deuda. En este tiempo, y en forma más o menos previsible, el trabajo se me complicó con un adelanto de materiales que hay que hacer por causa de licencias en enero de la gente que colabora conmigo. También se complicó mi trabajo en general, por acumulación de notas y comentarios para un periódico, con lo cual puedo ganar más dinero. Y además surge la posibilidad bastante segura de publicar un par de libros. Y además tengo ganas de escribir algo literario, no rentable. Pero he aquí que todo esto no parece suficiente. Alicia no sólo opta (con mi aprobación, debo aclararlo) por esa casa de mucho precio, sino que además quiere mudarse allí lo antes posible —antes de fin de año—. Pero tampoco esto es suficiente, porque además tiene una serie de exigencias que imponen realizar en la casa una serie de trabajos antes de mudarnos. Y delega en mí la responsabilidad de todo, y me quiere hacer creer que es una prueba de confianza. Sin embargo, cuando yo trato de hacer las cosas a mi manera, siente que estoy perdiendo el tiempo y ella se pone a realizar las cosas en mi lugar. Luego «pide ayuda» para salir de los líos en que se mete, y yo me voy sintiendo cada vez peor, más bloqueado e inútil, y el trabajo por hacer se sigue acumulando y el tiempo sigue pasando en una dispersión en la que nada termina de resolverse. Me vuelvo cada vez más rígido y autoritario, tratando de mantener aunque sea la apariencia de una estructura psíquica. Pero el torbellino crece, y me arrastra.

EL DISCURSO

5 de diciembre

En los últimos años, compruebo sistemáticamente que, cada vez que me pongo a escribir algo como esto que he comenzado a escribir hace unos días, algo sucede con los pájaros. Sucedió en Buenos Aires, dos veces, y sucedió aquí en Colonia el año pasado cuando inicié una historia (la que después concluí, y después quemé en la estufa). Ahora, cuando me había desviado de la historia del perro, aparece dramáticamente un pájaro en la boca del perro. Estas cosas son desconcertantes y me complican, sobre todo por su carga simbólica. Siento como si de pronto las circunstancias me situaran de lleno en un tema que trato de eludir, un tema para el cual todavía no me siento maduro.

Empecé a escribir tratando simplemente de rescatar la forma de un discurso existente y esperar que, mientras tanto, se fueran develando sus contenidos; pero ahora parecería que, ¡otra vez!, por el solo hecho de ponerme a escribir haya tenido acceso involuntario a un mecanismo secreto, a un funcionamiento secreto de las cosas, y que yo he interferido con mis torpes dedos que golpean las teclas de la máquina. Ya me siento apresado en ese mecanismo que desconozco; ya me invade el temor mágico de que esta acción, en apariencia de carácter privado, personal e inocente, me haya hecho entrar en contacto con un mundo poderoso y peligroso, que no puedo dominar y que apenas, y con muchas dudas, puedo llegar a intuir.

Ese pasado al que no he logrado devolver su carga afectiva sigue presionando desde los recovecos del inconsciente. La realidad exterior sigue presionando cada vez más para que trabaje, para que actúe, para que haga una serie de cosas que no tengo ganas de hacer. Estoy atrapado entre dos mundos que son como dos grandes bocas insaciables que reclaman y reclaman, y hace ya demasiado tiempo que no puedo atender debidamente a una de esas bocas. Y cuando uno no la atiende, esa boca quiere devorar todo. Debo, pues, plantarme firmemente y establecer prioridades: creo que lo primero es el ser interior, el reclamo íntimo, la movilización de los afectos congelados y tal vez medio podridos. Pero tengo miedo de encarar esto, no sé cómo hacerlo, no tengo el tiempo suficiente como para detenerme y mirar hacia adentro con cuidado; temo perderme por mucho tiempo dentro de ese mundo lleno de sombras, disimulos y dolores viejos.

Ejercicios

6 de diciembre

Quien escribe estas líneas es el germen del nuevo YO. Anoche, cuando me quité las ropas para bañarme, vi en el pequeño espejo del cuarto de baño una imagen de mí mismo que no me gustó. Pensé: «Odio a este cuerpo». Luego me di cuenta de que no odiaba a ese cuerpo gordo y deforme porque lo fuera, sino que mi cuerpo se había transformado precisamente en eso porque yo, desde antes, lo odiaba. Me di cuenta de que por el camino del odio jamás llegaré a modelarlo más a mi gusto, y también pensé que esa monstruosidad física debería ser la exacta expresión de una monstruosidad psíquica. «Debo modificar cuerpo y alma», pensé entonces.

Esta mañana desperté sin que se hubiese producido un olvido o una interrupción en esa línea de pensamiento. Y desperté con una resolución tomada, no muy clara, aunque sí clara en la actitud concomitante con la resolución.

La línea general de pensamiento es esta: 1) Estoy demasiado proyectado hacia cosas exteriores; he perdido todo contacto conmigo mismo; 2) Hace mucho tiempo ya, demasiado tiempo, que vengo ejerciendo una reiterada violencia hacia mi cuerpo y mi mente (el primer cigarrillo del día, sin ganas, «para despertarme»; la primera comida del día, sin hambre, por rutina; y así sucesivamente. Tengo que «comer cuando tengo hambre y dormir cuando tengo sueño»); 3) Todo lo que tengo que hacer es indefinidamente postergable; lo que no puedo postergar un instante más es tratarme bien a mí mismo.

Esa es la línea general, que espero poder desarrollar. Una línea un poco zen, antiansiedad. Será difícil, porque el demonio a veces se alía con alguien a quien yo amo. Espero poder resistir.

7 de diciembre

El tema de la percepción de mi cuerpo es muy antiguo; arranca de la inmovilidad forzosa que tuve desde los tres años hasta los ocho o nueve, y en esa época aprendí a separarme del cuerpo y vivir en la mente. Eso se complicó más tarde con otros accidentes, y cada tanto he pasado por largos períodos de «vivir en la mente». En estos períodos el cuerpo parece existir sólo cuando duele, y aun así sé que tengo muchos trucos para eludir el dolor. Por ejemplo, cuando me quedo leyendo como anoche, recién al terminar de leer el libro comienzo a sentir los dolores y las contracturas de una mala posición prolongada. Entonces me siento culpable —por la hora que se ha hecho, porque sé que al otro día voy a estar con sueño y dolores, porque cada día veo menos y ya me supuran los ojos por el cansancio, y sobre todo por la conciencia de haber caído en esa especie de trance, de carecer de la fuerza de voluntad necesaria para producir un cambio en mis malos hábitos—. ¿Será realmente demasiado tarde para mejorar las cosas? Pienso que actualmente tengo escasos recursos; vendrían bien las famosas «motivaciones», pero por desgracia no las encuentro dentro de mí —y de afuera no cabe ya esperar ninguna.

8 de diciembre

Hoy leí en un periódico una nota acerca del «mal de la década del 90», el síndrome de fatiga crónica (SFC). Si bien no tengo todos los síntomas descriptos, tengo algunos de ellos. Se supone que el síndrome tiene relación con algún tipo de virus. De lo que no tengo dudas es de mi fatiga crónica, y con el SFC que describe la nota descubro similitudes especialmente en el terreno psíquico, en las modalidades que lo distinguen de una depresión común (por ejemplo, las ganas de realizar cosas, que no se pueden realizar por esa fatiga que lo ataca a uno desde que comienza a encarar la jornada, ya desde el momento de despertar). Como esto ha sido descubierto muy recientemente, no tengo forma de afinar el diagnóstico; deberé seguir tratándome como si lo que tengo fuera una depresión. Ayer comencé a tomar un antidepresivo. No he observado todavía ningún resultado, ni esperaba observarlo porque sé que demora unos días en hacer un efecto

perceptible. La verdad es que quisiera salir de este estado de aplastamiento de una vez por todas. Puede ser que el psicofármaco ayude, pero ahora no veo un futuro claro, ni siquiera encuentro momentos de un presente aceptable.

Creo que, sea lo que fuere, mi mal, si no es causado por, al menos se agrava con la hiperactividad de Alicia y sus ausencias, en los últimos tiempos cada vez más prolongadas (me refiero a sus ausencias de la relación conmigo, a su manera de rellenar el tiempo sin dejar resquicios, no necesariamente a las ausencias que implican estar fuera de casa). Cada vez más los plazos se estiran, y nunca llega el día de comenzar a «vivir juntos».

9 de diciembre

Sigo esperando los efectos del psicofármaco; si los hay en estos momentos, son por completo negativos. No me siento nada bien, y aun se han agravado síntomas y malestares. Veremos cómo evolucionan las cosas en los días siguientes, pero sigo pensando que las circunstancias tienen tanto peso en este asunto, que difícilmente pueda esperarse algo de un trabajo unilateral sobre mí mismo. Es como estar sumergido en un charco de agua venenosa. Si no cambia el entorno, es muy difícil que yo pueda encontrar fórmulas para superar mi estado. No sé por qué las cosas se dan así. Es posible que exista una incompatibilidad básica, que no podemos o no queremos ver. Pero el hecho es que pasa el tiempo y que las cosas, lejos de resolverse o de armonizarse, se complican y se extremizan más. La compra de la casa, los arreglos que debemos hacer en la casa, la mudanza próxima, exasperan más la situación. Sin embargo todo es subjetivo: no hay plazos impuestos desde afuera. Alicia imprime su propio ritmo a los pasos previos a la mudanza, un ritmo que yo no puedo seguir. Todavía no he podido poner en práctica mi sistema de «situarme» idealmente en la nueva casa e imaginar su funcionamiento. Para mí esta es una condición indispensable, pero no sé si ahora podré lograrlo porque todo está en marcha, porque Alicia tomó las riendas, porque la casa va tomando formas que no fueron «vividas» por mí (ni por nadie), porque todo eso se me

impone —como también aquí, en esta casa, se me imponen ritos y formas de vida que yo no he tenido oportunidad de examinar—. Lo que se hace no surge de una necesidad real, no es *necesario*, sino que hay un patrón, una forma abstracta que se aplica como si fuera una fuerza sobrenatural operando en todos nosotros.

10 de diciembre

No sé cómo puedo esperar hacer buena letra si me siento tan decaído. No importa; por disciplina continúo con mis ejercicios —a condición de que no se me exija demasiada disciplina—. Pero intentemos una vez más, juntando fuerzas. Bien, por momentos la letra mejora. Tratemos de continuar así. Bien. (¿Cómo era que se hacía la B?) B B B B B B —no, no me convence de ninguna manera—. B B B. Bueno, esto es lo mejor que puedo lograr hoy. Siento el cuerpo molido, como si hubiera sido apaleado por una docena de hotentotes bien alimentados. También mi mente es un desquicio. Y el tiempo pasa y las cosas no se resuelven nunca. Estoy cansado de idear estrategias para sobrevivir, llevando a cuestras una vida sin alicientes (alicientes=Alicia, buen juego inconsciente de palabras). Todo funciona de manera asintótica, del mismo modo que la ciencia en relación con la realidad; cada vez están más próximas, pero nunca llegarán a juntarse. La curva se aproxima a la recta, pero «no toca».

11 de diciembre

Creo que están apareciendo los efectos del antidepresivo; al menos los efectos secundarios, muy claramente. En cuanto a los primarios, puede que tengan que ver con unos sueños que tuve al mediodía.

íbamos por un edificio con el doctor NN, y él me llamaba la atención sobre un sujeto esmirriado, en apariencia extranjero, oscuro de tez, que en ese momento salía de una habitación y bajaba unas escaleras, y me decía

que estuvo internado (enfermo, o preso) durante dos (o veinte) años. Más tarde yo rememoraba esta escena como que en ese momento se me había ocurrido jugar a la quiniela, al número 200, y por la radio anunciaban con gran animación que había salido ese número, y me maravillaba el hecho aunque en realidad yo no había jugado. Esta anécdota la quise contar varias veces, a varias personas, pero hacía la historia demasiado larga, con demasiados detalles, y nunca nadie me dejaba contarla hasta el final; me interrumpían hablando de otras cosas, y eso me excitaba y me daba rabia. También me daba rabia hacia mí mismo, por no poder sintetizar la historia, ir a la esencia de lo que quería contar. Cuando intentaba una vez más, otra vez me iba perdiendo en vueltas y detalles secundarios.

(segunda hoja)

Otra parte del sueño transcurría en un mercado, mientras yo buscaba una carnicería. Luego elegía un trozo de carne pero, por algún motivo, no lo iba a comprar en ese momento y trataba de colgarlo nuevamente de un gancho que pendía del techo. Un dependiente de otro puesto de carne cercano me decía que podía ayudarme a colgarlo, pero yo respondía que no necesitaba ayuda. Sin embargo, al querer pasar la carne por el gancho, la punta del gancho se retraía y quedaba oculta dentro de algo como un trapo que lo envolvía en parte, y no podía colgarla.

Alguien venía de parte de una joven que trabajaba en una cafetería del mercado y a quien yo aparentemente había pedido una cita; mandaba decir que me esperaba para cuando cerrara el mercado y ella dejara de trabajar; yo le respondía al mensajero con altanería tonta y mandaba decir a la joven que ella ya había perdido su oportunidad.

En otro momento me encuentro en un lugar donde hay un extraño coche, alto, tal vez un tractor, que en la parte de abajo tenía una tarima, con tierra y plantas, y en ella viajaba una niña, próxima a las grandes ruedas. Sus padres iban en la parte superior, sin que pudieran ver bien a la niña, y yo veía que esa niña corría peligro y me angustiaba, y pensaba: «Los padres no se dan cuenta de que ella creció, y ahora se mueve y anda de acá para

allá; ese sistema de llevarla serviría cuando ella era mucho más pequeña y no podía trasladarse, pero ahora corre peligro».

(tercera hoja)

Había algo, como el tronco de un árbol, en el suelo del mercado, y allí en ese tronco vivía una familia (que era una familia humana, o bien una familia de cervatillos. En algún momento pasa a ser la familia X, de mi amistad). Ahora bien: esa familia se sostenía sobre el tronco mediante unas ligaduras de goma negra, redonda, que formaba dibujos caprichosos sobre el tronco; yo me acercaba y descubría, mezclada con esas ligaduras, una víbora de iguales características y muy peligrosa. Entonces trataba de separar las ligaduras (útiles) de la víbora (peligrosa), y para ello quitaba trozos de corteza del árbol, pero no podía hacerlo bien por el peligro de la víbora. Estaba manejando esa corteza (la que por momentos era una sábana y por momentos algo inmaterial, o abstracto), cuando la víbora despertó, y hubo un diálogo entre nosotros. Ese diálogo incluía un desafío y la víbora pasaba a ser un lobo. Yo quedaba comprometido a sostener un duelo a muerte con él, a cuchillo, en una pieza contigua.

El lobo estaba vestido: veo su pecho, que debo herir y tiene puesta una camiseta igual a la mía. Me da la chance de intentar herirlo yo primero; expone el pecho a mi cuchillo. Yo tengo una serie de valijas superpuestas, de madera, con reparticiones, donde hay cantidad de cuchillos de distinto tipo. Elijo uno y tiro una puñalada al corazón del lobo.

(cuarta hoja)

(Ahora que lo revivo en la imaginación, veo que yo apunto hacia el lado derecho del lobo; sería mi lado izquierdo en el espejo, dato que parece muy significativo.)

Pero no he elegido un cuchillo apropiado; su hoja se dobla como papel, y el lobo ríe. Busco otro cuchillo y sucede lo mismo. Tengo en mente una cuchilla poderosa y sé que está allí en alguna repartición de la valija, pero algo me impide usarla; en realidad no quiero matar, no quiero sentir el cuchillo abriendo la carne ni quiero ver sangre. El pecho del lobo irradia fortaleza y virilidad. Me siento muy pequeño y débil, y envidio esa fortaleza y esa virilidad que no podré alcanzar. Finalmente me doy por vencido. Le digo al lobo que me permita escribir una carta, y que luego me dejaré matar. (No tengo idea de qué carta quería escribir.) El lobo se ve satisfecho y está de acuerdo, pero enseguida es desplazado por una mujer de lentes redondos y vestido celeste, una mujer con cierta autoridad en ese lugar, quien me dice que todo eso es absurdo, que yo no tengo que dejarme matar. El lobo no está a la vista e imagino que desapareció el peligro, y siento alivio, pero al mismo tiempo siento vergüenza por mi cobardía, por haber preferido que me mataran antes que matar.

13 de diciembre

Ayer no tuve tiempo de hacer estos ejercicios, y antes de ayer lo que hice no fue precisamente ejercicios caligráficos sino varias hojas con relatos de sueños. Me alegró enterarme de que la letra era inteligible a pesar de no haber puesto el más mínimo cuidado en dibujarla, como sí estoy poniéndolo ahora. Eso quiere decir que esta práctica da sus frutos. Ayer, de todos modos, tuve otro sueño; lo anoto ahora y me despreocupo por lo tanto de la letra.

Estaba en una bañera enorme —como una gran piscina de natación, aunque estrecha y muy larga—, llena de agua jabonosa, y por lo tanto opaca, y de ese modo nadie podía ver que yo estaba desnudo. Conmigo se hallaba mi amiga M. (y yo sabía que también ella estaba completamente desnuda, aunque tampoco podía verse; sólo su cabeza sobresalía del agua). Ambos nadábamos alegremente, y en la escena dominaba un suave erotismo. Pero luego advierto que el agua desciende de nivel en la bañera; ahora hay mucho menos que antes. Voy hacia donde está el tapón y M. está

allí, tratando de hacer algo con él. «Este tapón pierde», dice, y trata de ajustarlo mejor. Pero sus maniobras lo aflojan todavía más, y el agua se va rápidamente, mientras nosotros tratamos de cubrir nuestras «partes pudendas» con brazos y manos, y torcemos el cuerpo de modo que ofrezca a la vista lo menos posible. Ahí desaparece ese suave erotismo y aparece una cierta preocupación por lo que está sucediendo, pero al mismo tiempo eso nos divierte, y nos reímos. Hay otras mujeres fuera de la bañera, y les pedimos que traigan algo para cubrirnos. La bañera está en medio del campo.

14 de diciembre

Anoche tuve otro sueño con agua. Esta vez se trataba de una ensenada pequeña en el río o en el mar. Hacia la derecha había un puente o una escollera, de madera, que pasaba sobre el agua hasta cierto punto. También en medio del agua había trozos de madera, algunos flotantes, otros emergentes, como pilotes. Yo nadaba muchas veces en ese lugar, durante largo rato cada vez, y me sentía bien aunque había en el ambiente cierta tensión de origen político porque acababa de instalarse Stalin en el poder. Todavía no aparecía públicamente como una figura maligna, pero yo sabía que no se podía esperar nada bueno de él, aunque no tenía un temor personal, como si gozara de inmunidad. Incluso le decía a otras personas, al parecer turistas (y acaso yo también lo fuera) que trataran de irse de ese país, pero yo seguía nadando tranquilamente.

En otro orden de cosas (y ya es hora de comenzar a prestar atención a la grafía —no la llamemos caligrafía—), hoy fue el primer viernes de la nueva etapa de mi relación con Alicia, en la cual se supone que el viernes es un día dedicado enteramente a nosotros, a nuestra comunicación y a nuestra intimidad. En realidad, el «día» se redujo a más o menos una hora, tal como yo lo había calculado. Alicia dice que es algo nuevo y que por lo tanto le hace falta ajustar algunos detalles (o, en palabras suyas, «aceitar un poco las cosas»; yo creo que hace falta bastante aceite). El panorama sigue pues incambiado, siempre lo circunstancial desplazando a lo esencial, siempre

viviendo en función de pequeñas estupideces sin sentido, y dejando pasar la vida de largo; que otros se ocupen de vivir. Yo ahora voy a tomar mi antidepresivo.

15 de diciembre

Y así van las cosas. No sé qué más puedo decir. Así van las cosas. (Me viene a la mente el título de una novela de Saúl Bellow: *Hombre en suspenso*. Yo también estoy en una especie de suspenso, no colgando sin que mis pies toquen el piso, sino más bien en el sentido de «puntos suspensivos». Pausa, demora, quedarse en la última sílaba de la última palabra, como arrastrándola. También podría decir: «Hombre entre paréntesis», aunque más exactamente yo sería un hombre después del primer paréntesis, preguntándose por el segundo. Una etapa provisoria, de emergencia, y que sin embargo se prolonga y se prolonga en el tiempo, no termina nunca de definirse. Es como ir a un hotel por dos o tres días y quedarse meses y años, siempre con las cosas dentro de una valija o de un bolso, siempre dejando correr las incomodidades «hasta que llegue el momento de asentarme en un lugar».)

Al parecer, esta situación deriva del choque de dos voluntades, la de Alicia y la mía. Si yo estuviera solo, el paréntesis habría sido mucho más breve. Pero debo esperarla a ella, aunque a esta altura parece una gran estupidez esto de esperarla, pues ya estoy seguro de que nunca va a llegar. Tal vez sienta curiosidad por verla inventar nuevos trucos, pero lo cierto es que no tengo excusas para esta eterna postergación de mí mismo; salvo la pereza, salvo la estupidez, salvo la negligencia (palabra que deriva de un verbo latino que significa «mirar con indiferencia») (y la indiferencia es la incapacidad de diferenciar; remite, negativamente, a una escala de valores). (Por lo tanto, me miro indiferentemente, no establezco en mí valores, estoy desvalorizado ante mis propios ojos.) ¿Cómo salir de esto?

Espero que la grafología me ayude, ya que los dioses me han olvidado.

EL DISCURSO

15 de diciembre

Hoy se me impone nuevamente, con fuerza, el tema del perro: porque sucede que el perro ha desaparecido. Al menos, había desaparecido anoche, y si esta mañana regresó y después volvió a salir, no lo sé porque estuve durmiendo hasta después del mediodía. De cualquier manera no puedo evitar la preocupación, y siento su ausencia como un vacío llamativo. Si bien hace ya cerca de un año que el perro ensanchó aquel hueco y se hizo experto en andar por las calles, este tipo de ausencia no es habitual. Alguna vez se ha demorado, y ha llegado de noche, pero no creo que alguna vez haya faltado tan rotundamente como ahora. Por otra parte, como está pendiente la mudanza a otra casa donde el perro no tiene claramente un lugar, estábamos viendo el modo de deshacernos de él, por ejemplo dándolo a alguna persona que viva lejos y que pueda ofrecerle un sitio, preferentemente en el campo. Este tema ya nos estaba planteando una serie de conflictos, porque el perro está muy integrado a la familia y todos íbamos a sufrir —él y nosotros—. Pero esta desaparición no resuelve el problema, y agita los sentimientos de culpa.

El día en que ensanchó aquel hueco por sus propios medios y salió al baldío, volvió en pocos minutos, como para comprobar que el hueco funcionaba correctamente en ambas direcciones, y de inmediato volvió a salir, y exploró nuevamente con fruición olfativa cada centímetro cuadrado del baldío y se revolcó entre los altos pastizales, y esparció orina para delimitar su territorio en cantidad de lugares estratégicos. Ese día pasó su cuerpo innumerables veces por el hueco, en una y otra dirección. Al día siguiente dejó el baldío y salió a la vereda. A los pocos días ya cruzaba la calle, al principio inconscientemente y corriendo graves riesgos, pero después fue aprendiendo a cuidarse de los autos. Ya es un experto, pero un accidente puede tenerlo cualquiera, especialmente alguien que, como el perro, está tan dominado por los instintos. En casa hay también un niño,

Ignacio, y muchas veces ha arriesgado su vida al lanzarse a la calle sin mirar, preocupado por el destino de una pelota que se le escapó de las manos, o que dio un mal rebote desde la pared y fue a parar a la calle; el instinto de correr tras la pelota es más fuerte que todas las nociones de peligro que le hemos inculcado.

En el caso del perro estos riesgos son mucho mayores, puesto que su instinto es más fuerte y su —por así decirlo— conciencia mucho más débil, especialmente en estos días, en que el perro tiene, a causa del celo, una agresividad a flor de piel. Ayer de tarde tuvo un altercado con un perrito que pasaba atado de una correa, llevado por una señora. Habitualmente no protagoniza este tipo de escenas. Oí el escándalo y salí a buscarlo, y cuando lo hice entrar a la casa todavía quedó un rato gruñendo, como si no pudiera terminar de agotar su cólera.

En estos tiempos, también nosotros debemos tener cuidado con él, aunque nunca llegó a morder decididamente; si hacemos algo que él considera un ataque o una invasión de cierta zona propia, de inmediato responde con gruñidos, o con un ladrido violento y algún tarascón al aire. También ha llegado una vez a mordirme los zapatos, como si aun en medio de la acción instintiva tuviera una suerte de conciencia protectora hacia sus amos y dirigiera la agresión hacia donde sabe que no puede causar daño.

Estoy tremendamente aburrido de hablar del perro. Siento que mi discurso se ha desnaturalizado por completo, que ya no conserva su forma, su ritmo inicial, y estoy escribiendo como por rutina, automáticamente. No me olvido sin embargo de mis objetivos; tal vez, pienso, este aburrimiento sea necesario para capturar de pronto, en un asalto sorpresivo, a los verdaderos contenidos que sigo esperando encontrar. No sé. O, tal vez, para continuar escribiendo deba hacer una pausa y esperar un golpe de inspiración.

*

El celo del perro, al contrario de lo que parece suceder con los humanos, aguza su inteligencia. Durante meses se ha resistido de la manera más torpe e increíble a aprender, aunque más no fuera por ensayo y error, que si entra

a la casa es puesto en penitencia en ese patiecito interior donde tiene actualmente su casilla. Esto ha sucedido varias veces al día durante meses, y sin embargo no lo aprendió hasta hace muy poco.

Que podía entrar, lo descubrió al día siguiente de haber aprendido a usar aquel hueco; fue para él un gran descubrimiento. Logró establecer la relación entre los dos extremos de la casa, que al parecer estaban desconectados en su mente, y de ahí en adelante la ambición de su vida fue entrar a la casa y quedarse a vivir con nosotros allí. Eso no lo podemos permitir por muchos motivos, entre ellos su costumbre de orinar en rincones y en patas de muebles, pues no fue educado en los primeros tiempos de vida y ahora parece imposible enseñárselo. Por otra parte, es demasiado afable con los visitantes e incapaz de reprimir las vehementes manifestaciones de la alegría que le producen. Salvo alguna que otra excepción, simpatiza exageradamente con todo el mundo.

Pues bien: cuando descubrió que podía salir por el hueco del fondo y entrar enseguida a la casa por la puerta del frente, después de atravesar todo el baldío y correr unos metros por la vereda, un nuevo mundo de posibilidades pareció abrirse ante sus ojos. Tuve que fabricar una especie de puertita, valiéndome de una vieja parrilla de hierro y unos alambres, y cerrar con ella el hueco del tejido cada vez que nos parecía inoportuno que el perro anduviera rondando por la puerta del frente, acechando el momento de entrar. Así pudimos durante unos meses regular a nuestra conveniencia ese flujo del perro, y todo funcionó bastante bien, aunque no sin trabajo, hasta que, en un período de celo, aprendió, no sé cómo, a sacar la parrilla; y cuando la parrilla fue reforzada luego mediante ciertas técnicas, descubrió que podía salir por otro lado: unos huecos mal tapados en el seto vivo. En un principio logré tapar uno de esos huecos con una chapa metálica que nos prestó un vecino, pero luego consiguió abrir otro hueco, ya más difícil de tapar por el tamaño de las chapas que harían falta y por la abundancia de plantas y arbustos, que dificultan toda maniobra humana. Así fue como perdimos el control del perro hasta que, desaparecido el celo (de él o de la perra que lo estimuló) pareció olvidarse de este recurso. Ahora lo recordó nuevamente, y nuevamente hemos perdido el control.

Fue en medio de esas historias del perro entrando y saliendo, cuando apareció el gato. Un gato blanco, muy lindo, de ojos amarillo-verdosos y una especial elegancia altiva. La primera vez que lo vi, él estaba en el baldío y yo acababa de quitar la parrilla para que el perro pudiera salir. Pensé que allí se iba a armar una buena. Efectivamente, el perro se lanzó en dirección al gato, pero el gato no se preocupó. Lo miró de frente y pareció detenerlo con la mirada. Después echó a andar tranquila y elegantemente, dándole la espalda, y por algún motivo que escapa a mi comprensión el perro quedó parado, quieto, mirándolo salir hacia la vereda por una de las derruidas puertas del baldío. El gato no huyó, lo que habría precipitado la persecución; simplemente le dio la espalda y se fue con toda tranquilidad, a paso lento y despreocupado, la cabeza erguida, la cola erguida. El perro, en esa oportunidad, se limitó a olfatear cuidadosamente los lugares donde había estado y por donde había pasado caminando el gato, como un policía que obtuviera las huellas digitales para capturar al criminal en alguna próxima oportunidad.

Ejercicios

16 de diciembre

Es muy difícil no estar asustado cuando uno siente que no puede contar mucho consigo mismo. He jugado todas mis cartas y he perdido, y no hay más oportunidades. ¿Repetir la aventura bonaerense? Ya las cosas no serían tan fáciles (aunque no fueron fáciles), porque las circunstancias no son las mismas y porque me pesa la experiencia anterior, que fue buena como experiencia pero que sería terrible como repetición. ¿Montevideo? Salvo el clima, no hay nada atractivo allí. Tampoco sé cómo me las arreglaría para sobrevivir.

Hace un par de días hice una jugada peligrosa, pero ahora me alegro mucho de haberla hecho: envié un *fax* a la agencia que me compra los crucigramas, pidiendo un nuevo precio. Si me sale bien, contaría con un poco de dinero oxigenante. Si me sale mal... bueno, tendría que pensar en otras cosas.

En realidad, lo más difícil de todo es tomar la drástica decisión de separarme de Alicia. Si pudiera tomarla, de una manera clara e irreversible, sé que encontraría de inmediato los medios para abrirme camino. Pero no he podido tomar la decisión. Especulo con eso, pero algo muy fuerte —más fuerte que el miedo— todavía me tiene atado. Debo profundizar en esto mucho más. Pero temo engañarme, o dejarme engañar por ella. Por más que todo está muy claro, ella vuelve a hacer algunas jugadas, ciertos trucos, que de pronto entreveran todo y hacen relucir brillos de esperanzas (falsas). Y yo decido seguir esperando, y esa nueva espera me gasta un poco más, me quita un poco más de vida, deshace cada vez más los restos de autoestima, y sólo me va quedando una inútil lucidez para contemplar, pasivamente, cómo me voy hundiendo en forma definitiva.

17 de diciembre

Creo haber descubierto la razón por la cual estos ejercicios que comenzaron siendo caligráficos, a menudo degeneran en otras cosas. Ello se debe, según mi teoría, a la falta de comunicación directa con Alicia. Como yo comencé por dejarle estas hojas en su mesa de luz para que fuera controlando los avances o retrocesos en mi letra, eso se transformó con la mayor naturalidad en un medio de comunicación. De allí viene, por ejemplo, la ansiedad que me hace escribir apresuradamente cuando tengo algo importante que comunicar. Digamos que esta es una extraña forma de vida; uno vive, y piensa, siempre en función de otra persona que por lo general no está presente y que, por lo general, nunca puede saberse con certeza cuándo va a estarlo. Así uno va escribiendo estas cosas, en principio intentando honestamente hacer un ejercicio caligráfico, pero a menudo uno se transforma en una especie de náufrago que escribe mensajes y los arroja

al mar dentro de una botella. En este caso, uno puede contar con la certeza de que todo mensaje llegará a destino, pero la imagen de náufrago me sigue pareciendo adecuada —así como también me parece adecuada la imagen de exiliado que tengo de mí mismo desde hace un tiempo, más en Colonia que en Buenos Aires—. En fin, la cuestión es llenar de renglones estas hojas, tratando de tener paciencia, cuidando el trazado de las letras.

24 de diciembre

Ahora, después de muchos días complicados, estoy nuevamente tratando de encontrarme a mí mismo, mediante estos ejercicios. Sé que el intento es más bien inútil, porque «esta noche es Nochebuena y mañana es Navidad», como dice algún tango (y me parece oír la voz de Gardel). Eso significa una serie de compromisos, invasiones, ruidos molestos, comidas malsanas o poco apropiadas para la época del año. Siempre había logrado huir de estas cosas con bastante éxito; la mayoría de las veces me las he arreglado para estar a solas, leyendo una novela policial o escribiendo algo, y ocasionalmente recurriendo a algún amigo (habitualmente judío) para pasar juntos por este mal trago, comiendo razonablemente y manteniendo algún diálogo razonable. Pero actualmente no soy «el artífice de mi propio destino», como solían aconsejar los antiguos manuales para desarrollar la personalidad, sino que estoy atado a la voluntad omnipotente de una mujer a su vez totalmente atada a las convenciones sociales, una especie de militante de la vigilia, una mujer solar (yo soy un hombre lunar). Me pregunto cuánto tiempo más seguiré tolerando esta forma de «vida», en la cual se ven desplazadas, postergadas indefinidamente, olvidadas —cuando no maltratadas— las cuestiones esenciales, profundas, verdaderas, auténticas —las razones por las cuales hemos sido creados. Me pregunto cuánto tiempo más seguiré esperando y desesperando. No estoy en una edad en que pueda permitirme el lujo de esperar demasiado —y hace ya demasiado tiempo que no me encuentro conmigo mismo. Felices Fiestas.

27 de diciembre

Debo seguir profundizando la idea de independencia, lo cual puede, según como se den las cosas, favorecer una separación o consolidar la pareja. En cualquier caso será una ruptura del statu quo actual, fuente de toda patología. Con respecto a la independencia, esta mañana (o mediodía) el Inconsciente me obsequió un lapsus. Estaba en ese estado de confusión que tengo habitualmente al levantarme, y jamás podré rastrear la cadena de pensamientos que se me dio entonces, pero un eslabón de esa cadena se refería a una persona que yo conozco. En ese momento pensé, en medio de una gran sorpresa de mi parte, algo así como: «Pero Alicia no conoce a esa persona», siendo que la conoce perfectamente. Advertí en ese momento que la imagen de Alicia, o mejor dicho la percepción interior que yo tengo de Alicia, había sido sustituida por la de mi madre. Esa identificación, tan perniciosa, entre Alicia y mi madre, se viene dando desde hace un tiempo (por ejemplo, en algún sueño), y nunca le había prestado suficiente atención —puesto que es algo que debe molestarme mucho. Pero lo de esta mañana se me impuso, y pude aceptarlo fácilmente, y aceptar al mismo tiempo que es una idea que ha venido tratando de imponérseme desde hace tiempo, y que yo soslayaba, rechazaba, hacía a un lado de mi conciencia. Este debe ser el principal factor de perturbación en mi relación con Alicia. Debo tratar de mantenerme consciente y seguir profundizando el tema.

EL DISCURSO

30 de diciembre

Han pasado muchas cosas en estos quince días. Demasiadas cosas, para quien quisiera más bien ensimismarse durante un tiempo, despegado de las actividades urgentes, y permitir que el discurso interior se haga más claro, y

permitirse prestar la necesaria atención a ese discurso. Pero hoy, en lugar del discurso, me ocupa la mente una musiquita y esto es para mí una señal clara de no haber descansado bien. No sólo esta noche, sino muchas noches. Por una serie de motivos.

La historia del perro por momentos se volvió trágica. Él ya había tomado la costumbre de desaparecer largamente de casa, incluso por las noches, en lo que yo llamo «época del cielo», cuando, como había dicho, se vuelve maníaco y agresivo. Durante unos días sólo pasaba fugazmente por casa, a alguna hora de la tarde, para tragar unos trozos de carne. Una mañana, la del miércoles 17, si no recuerdo mal, cuando desperté hacia el mediodía la empleada me dio la mala noticia: el perro había aparecido lastimado, tenía al parecer «algo en el ojo», y ahora estaba encerrado, en el patio descubierto. Era conmovedor. Sentado a la sombra en un rincón del patio, con la cabeza inclinada, expresaba con todo su ser una profunda depresión y, seguramente, dolor. Debí golpear insistentemente el vidrio de la ventana; al fin levantó la cabeza con dificultad y me miró. Fue una mirada que no quise intentar ver otra vez. El ojo derecho parecía vacío.

Quedé convencido de que había perdido el ojo, diagnóstico confirmado más tarde por el veterinario, y mi malestar se hizo muy grande. Recordé de inmediato todo este testimonio escrito acerca del perro y de su libertad; recordé cómo yo me había hecho en buena medida responsable de su libertad, de haberlo tentado a esa libertad que él finalmente eligió cuando decidió ensanchar el hueco entre la varilla y la pared. Esa libertad le había costado muy cara. Y aunque razonase que de todos modos era mejor así, que una vida sin libertad no tiene ningún valor, etcétera, no podía dejar de sentirme carcomido por la culpa. Tal vez por eso, aunque también hubo razones prácticas, dejé de escribir estos apuntes. Yo ya había advertido hace algunos años que este tipo de escritura tiene unos efectos mágicos incontrolables, y no puedo evitar un fuerte sentimiento supersticioso de reverencia y temor, como si le estuviera robando el fuego a los dioses.

Hay otras formas de escritura, llamémosle literarias, que nunca tuvieron esta carga «mágica». Era la escritura inspirada, la que hacía compulsivamente, la que venía determinada desde lo más profundo. En cambio cuando trato de tocar lo que llaman realidad, cuando mi escritura se

vuelve actual y biográfica, resulta inevitable poner inconscientemente en juego esos misteriosos y muy ocultos mecanismos, los que al parecer comienzan a interactuar secretamente y a producir algunos efectos perceptibles.

*

Ahora, aunque parezca mentira, el perro está curado. De vez en cuando, al mirar de cierta manera, se le nota una leve desviación en el ojo derecho, pero hemos comprobado que ese ojo ve, a pesar de una manchita blanca, como una lastimadura. Durante unos días tuvo el ojo cada vez más cerrado; después empezó a abrirlo, pero del ojo sólo aparecía algo sanguinolento y muy torcido. Después, durante unos cuantos días más, el perro fue el vivo retrato de Sartre: el ojo derecho aparecía entero y ya no de color sangre, pero apuntaba para cualquier lado. Ahora el perro está nuevamente bastante igual a sí mismo y lleno de fuerza y de confianza en sí mismo.

Mientras tanto, por mi parte estoy pasando unas noches intranquilas con ensoñaciones altamente eróticas que me dejan extenuado. Esto se complica con un eczema casi permanente y con trastornos hepáticos. He llegado a pensar, y me da rabia no poder salirme de esa línea supersticiosa de pensamiento, que esos ensueños revelan un maleficio. No me molestan los sueños eróticos en sí mismos (en realidad, me encantan), pero sí me molestan mucho ciertas mujeres elegidas para coprotagonizarlos. No quiero entrar en detalles, pero me resulta llamativo que en el primer sueño, con una mujer despreciable y odiosa, yo haya alcanzado un orgasmo completo — aunque en la realidad física no se correspondiera con una verdadera emisión de semen—; y que a la noche siguiente, otra mujer de parecidas características interviniera no exactamente en un sueño erótico, sino en una fantasía erótica recurrente, durante un estado entre el sueño y la vigilia, como de trance hipnótico. La escena se repetía una y otra vez, y yo despertaba y volvía a dormir, pero me parecía que estaba todo el tiempo despierto sin poder librarme de la fantasía. Y al día siguiente otra vez me desperté agotado y somnoliento. Anoche, la tercera de estas noches, no recuerdo haber soñado nada en especial; pero tampoco logré descansar y

hoy tengo en la mente esa musiquita que ha desalojado todas las formas del discurso.

En las vigiliass vamos avanzando cada vez más rápidamente hacia la mudanza. La gente que trabaja en la nueva casa está dando fin a las últimas tareas urgentes, imprescindibles (después vendrán otras, muchas, durante mucho tiempo); y la idea de empaquetar las cosas, de vaciar los muebles, de distribuir luego los muebles y las cosas de otra forma en la nueva casa, es algo que me desborda. Y en medio de todo esto, las «fiestas».

*

La agencia no me negó el aumento que pedí por mis crucigramas; directamente suprimió el servicio. Según el fax, hicieron cuentas y vieron que no les resultaba, ni siquiera al precio habitual. Así que estoy sin trabajo. No sé qué es lo que más me perturba, si el hecho en sí de no tener trabajo, o la mirada de la gente que me rodea, la que de un modo u otro, por gestos, por comentarios, me hacen sentir que estoy en falta, que he pasado a ser *sospechoso*.

31 de diciembre

No estoy muy seguro de que no haya sido el gato el responsable de la casi pérdida del ojo del perro. Después de aquella primera visión del gato en el baldío, volví a verlo unos días más tarde, una mañana en la que por uno de esos azares me había levantado muy temprano; lo vi al principio como una mancha blanca entre las plantas más distantes del fondo, por la ventana del cuarto, junto al seto vivo. Cuando pude precisar más la visión me di cuenta de que era él, y me sorprendió que se hubiera animado a entrar en los dominios del perro. Al abrirle la puerta al perro para que saliera al fondo, el gato se fue, lentamente, sin huir, por un pequeño agujero entre unas chapas de lata y la tierra. Con el paso de los días, el gato se fue haciendo más visible y osado; mi mujer lo vio y, amante de los gatos como

es, de inmediato resolvió darle un poco de leche en una tacita pequeña y sin asa. El gato se acercó y tomó la leche.

Después fue ganando confianza y comenzó a exigir; ya no le bastaba con la tacita de leche, y se quedaba maullando bajo la ventana de la cocina o junto a la puerta de madera con mosquitero. El perro parecía tolerar bastante bien su presencia, ante la cual mostraba un cierto respeto temeroso, pero pronto comenzaron los líos cuando el perro descubrió que también al gato se lo estaba alimentando con carne. En esos momentos cobraba valor y se lanzaba sobre el gato y lo hacía correr y le quitaba la comida. Pronto aprendí a separarlos para darles de comer, el gato en el fondo, el perro de vuelta en el patio interior donde tiene su casilla para pasar las noches. Pero después, cuando el perro volvía a salir al fondo, repasaba maniáticamente, obsesivamente, con el olfato, los lugares en donde el gato había estado comiendo, y se movía con una celeridad de investigador celoso muy parecida a la furia.

El perro tomó luego la costumbre de agarrar su comida entre las mandíbulas y llevársela al baldío, para comer tranquilo. Esa actitud me engañó por un tiempo, pero luego descubrí que el perro dejaba a veces su comida en el baldío y se ocultaba entre unos pastos altos para espiar, desde el baldío y a través del tejido de alambre, si yo le estaba dando de comer al gato, y si era así, surgía de pronto por el hueco como una presencia ominosa y arremetía contra el gato en un galope furioso.

También por esa época el perro tomó la costumbre de acercarse a mí y hacerme grandes fiestas cuando yo salía al fondo; se me acercaba moviendo la cola, ponía ojos tiernos, me apoyaba las patas contra las piernas para que le acariciara la cabeza. En el momento en que yo lo acariciaba y le daba unos golpecitos en el lomo, el perro volvía la cabeza, con los ojos entornados, y miraba al gato con displicente arrogancia. No era un sincero afán de mimos, sino un espectáculo montado especialmente para demostrarle a ese gato que él, el perro, era mi favorito.

Por ese tiempo el gato, para nosotros, todavía era «la gata». Era más: una gata embarazada. En esos primeros días de su presencia en el fondo, mi mujer, que es médica y al parecer también experta en gatos, salió al fondo, examinó al animal con detenimiento, y volvió a entrar a casa con un

dictamen terminante: es una gata, y está embarazada. Me preocupó la cantidad de gatos que habríamos de acumular en uno o dos años, y sacaba cuentas del dinero que gastaríamos en carne; ya en ese momento la alimentación de perro y gata se hacía bastante onerosa. Tampoco me gustaba la idea de una multitud de gatos maullando bajo la ventana de la cocina y exigiendo con esa particular insistencia de los gatos. Es cierto que cuando la gata se despertaba de alguna de sus innumerables siestas al sol, se desperezaba y se alejaba caminando airosamente con la cola ondulante en alto, yo tenía la visión bastante clara de unas pequeñas masas perfectamente redondeadas que asomaban entre las patas traseras, por debajo del orificio anal; pero como lego en Medicina y en materia de gatos respeté durante mucho tiempo el dictamen de mi mujer y seguí prestándole a la gata embarazada todo el respeto que su condición femenina y de madre merecía. También dejaba que se me acercara y se frotara lujuriosamente contra mis piernas, e incluso comencé a aplicarle en la cabeza y en los ojos una pasta curativa para una erupción que le había descubierto. Después también mi mujer descubrió ese asunto de las bolas y entonces se estableció definitivamente su sexo.

Así siguieron las cosas, con la única variante de un creciente malhumor y una especie de locura en el perro, razonablemente atribuible a los celos. Más que nunca se empeñó en salir sistemáticamente por el fondo para colarse en la casa por el frente. También aprendió a abrir la puerta con mosquitero, cuando hinchada por la humedad no podía cerrarse con pasador, y por allí meterse en la casa. Lo único que quería el perro era estar dentro de la casa y mostrar su predominio ante el gato, y como esto no se lo permitíamos se instalaba junto a la puerta del frente para recibir a la gente que llegaba y demostrarle en forma práctica la enorme alegría que le producía la visita. Fueron unos meses de intenso trabajo para mí: entre alimentar a los dos animales, mantenerlos separados mientras comían, untar al gato con pomada, hacerle al perro caricias que lo autoafirmaran, pasar el perro desde el patio descubierto al fondo, pasarlo al patio descubierto en penitencia cuando se colaba por la puerta del frente —en fin, se me iban buena parte del día y de las energías.

No es que no tuviera cosas importantes para hacer, entre ellas mi trabajo, acrecentado por las notas para el diario, pero estaba prisionero de un sistema ecológico.

Después sucedieron algunas cosas que, reiteradas, me llevaron a cambiar mi opinión acerca del gato y mi manera de tratarlo. Comencé a observar que el perro se mostraba temeroso de empujar la puerta que da al fondo, cosa que solía hacer vigorosamente cuando quería, o cuando lo obligábamos a salir. Ahora a veces hacía un tímido intento, empujaba apenas la puerta como si no le dieran las fuerzas, y desistía, y me miraba con expresión contrita. Me di cuenta de que muchas veces el gato estaba junto a la puerta, del lado de afuera, como si estuviera esperando al perro para agredirlo.

Una tarde, yo estaba acariciando al gato, y por primera vez este se echó sobre el lomo y comenzó a jugar como hacen los gatos, atrapando mi mano con sus patas delanteras. Pero después se levantó, se frotó varias veces contra mis piernas, y finalmente pasó por detrás y me dio un pequeño mordisco en las pantorrillas y me raspó con las uñas. Eso no me gustó, especialmente porque enseguida el gato se alejó de mí, ondulando la cola, arrogante como un triunfador. La escena se repitió exactamente igual unos días más tarde, y esta vez sus uñas entraron más profundamente en mi piel y me dejaron unos surcos con gotitas de sangre; debí curarme con alcohol yodado. Decidí no jugar más con el gato traidor, y ya lo empecé a mirar con mala cara.

Y otra vez lo vi, aguardando pacientemente como ante el agujero de un ratón, junto al hueco del alambrado por donde solía entrar el perro desde el baldío. Más tarde sucedió que por azar volviera a verlo instalado en el mismo sitio justo en el momento en que el perro entraba, y vi con estos ojos cómo el gato le tiraba un zarpazo contra un costado, y oí al perro dar un aullido de dolor. A partir de ese instante, el gato se acabó para mí. Dejé de alimentarlo, y cuando se ponía muy cargoso, maullando y maullando sin cesar bajo la ventana de la cocina, lo corría a jarrazos de agua o con el chorro de la manguera. Me preocupé de ir restableciendo en el perro la confianza en sí mismo y en el cariño que siento por él. Traté de que notara

las diferencias: le daba de comer en el fondo, mientras el gato maullaba inútilmente junto a la ventana o a la puerta.

Antes de eso, el gato había comenzado una cautelosa, sistemática y prolija investigación del interior de nuestra casa. Una vez lo encontré parado junto a la puerta de la cocina sin pedir de comer, y mantuve la puerta abierta, como invitándolo. Entonces se decidió y dio algunos pasos dentro, pero enseguida volvió a salir, como perseguido por un fantasma. A los pocos días repitió la experiencia, pero se veía que ya tenía un plan en mente, porque entró y de inmediato se metió en el dormitorio. Lo exploró con método, centímetro a centímetro, incluyendo ciertos rincones estrechos detrás del ropero; pasó por detrás de las mesas de luz e inspeccionó debajo de la cama. Miraba todo con una inteligencia de computadora, fichando y acumulando datos. Después salió lentamente al fondo. En los días siguientes siguió explorando, repitiendo el recorrido del dormitorio pero a mayor velocidad, como en una comprobación superficial de datos ya seguros, y luego entrando cada día más profundamente en la casa: cocina, comedor, corredor que lleva al vestíbulo...

Tal era la confianza a que había llegado el pérfido animal cuando descubrí esa perfidia y le suprimí víveres y cortesías.

Ejercicios

2 de enero de 1991

Sigo aquejado de distintos males, o de uno solo con distintas manifestaciones, en especial un eczema persistente que ya dura bastante más que en ocasiones anteriores. También padezco de trastornos digestivos, de probable origen hepático. Detrás de todo esto, hay un probable origen psíquico. Hoy tuve un sueño que me pareció importante grabar en la memoria, pero poco después del despertar ya me fue imposible recordarlo.

Se instala en mi mente una cortina, un bloqueo que se presenta bajo la forma de una música obsesiva, y cuanto mayor es mi esfuerzo por recordar el sueño, tanto más fuerte y rápidamente suena esa música. Me parece una maniobra de eso que Freud llama superyó, ya que la conciencia desea recordarlo, y el ello es seguramente quien lo produce. ¿Por qué esa represión? ¿Por qué algo que intentó, y logró en cierta medida, hacerse consciente, luego es groseramente vuelto a sumergir? (Ahora que lo pienso, esto puede deberse a una cierta habilidad que he desarrollado para interpretar mis propios sueños; el superyó ahora sabe de esa habilidad mía, y si bien permite a regañadientes que los contenidos se manifiesten durante el sueño mediante símbolos, luego no me permite recordar esos símbolos porque sabe que probablemente yo logre desentrañarlos.) (Pero, otra vez, ¿qué interés puede tener el superyó en mantener al yo ignorante de ciertas cosas?) Debo confesar que la explicación anterior no termina de convencerme. Todo debe ser bastante más complejo y tal vez el yo consciente no es tan ajeno a las maniobras represivas. Es posible que el yo consciente se sienta sobrecargado de responsabilidades provenientes del mundo exterior, y que yo realmente no tenga ganas de hacerme cargo de cosas del mundo interior —como sucede muy claramente, por ejemplo, en el caso de la literatura—: cada vez que siento el impulso de escribir un cuento o una novela, lo reprimo, pensando: «Si me meto en esto, quién sabe si me dejarán terminarlo. Me interrumpirán y el bello impulso quedará incompleto, frustrado, estropeado».

EL DISCURSO

2 de enero

Si vengo narrando estas cosas más o menos intrascendentes con todo detalle y la mayor parsimonia, es tal vez por inercia, ya que en estos días el

discurso abstracto sigue ausente, y en su lugar continúa esa musiquita, a veces más fuerte y obsesiva, a veces casi inapresable por lo tenue y apacible. Al parecer, esa musiquita tiene su origen en un mecanismo de borrado de los sueños. Mucho me temo que se trate de una conciencia dividida: yo, por un lado, que quiero recobrar el sueño y yo, por otro lado, que no quiero hacerme cargo de él. El primer yo inquisitivo es mi viejo yo, el de toda la vida, el que se acostumbró al ejercicio de registrar los sueños, de paladearlos, de escribirlos e incluso tratar de interpretarlos. Tengo muchas hojas con sueños anotados durante largos períodos de mi vida. Pero ahora hay un nuevo yo (ciertamente, con mucha influencia del superyó, pero yo al fin), más volcado hacia cosas prácticas y exteriores (que he llamado «intrascendentes», tal vez no con justicia pero sí con rabia). Este nuevo yo ha tomado posesión de mi ser, se ha instalado fuertemente en mi vida, sin que yo termine de aceptarlo (y cuando digo «yo», ahora, estoy hablando de mi viejo yo). Se ha hecho fuerte y no hay modo de desalojarlo, y por ahora tampoco he encontrado la manera de conciliar ambos yoes y fabricar con ellos un solo y único y fuerte yo. Me parece que se trata fundamentalmente de un problema de tiempo, de falta de tiempo, o de incapacidad para ubicarlos armoniosamente en el tiempo.

Ahora me viene abruptamente el recuerdo de un sueño que sí pude conservar en la memoria, al menos parcialmente; y tal vez ese sueño exprese este problema. He olvidado largos tramos argumentales: sólo pude conservar una parte final.

En esa parte, yo iba por la calle con un hombre que me resultaba amable, simpático, con algo de protector. Me sentía cómodo con él. Sin embargo, se trataba de un policía que al parecer me había capturado, y me estaba conduciendo hacia una repartición policial donde yo debería realizar un trámite. El resultado de ese trámite era incierto, y yo abrigaba el temor de que una vez en ese lugar me dejaran detenido, o preso, durante un tiempo. El policía simpático me aconsejaba presentarme tranquilo, disimular ante los otros que tenía motivos para estar nervioso o a la defensiva. Me señaló una puerta y me dijo que me esperaría afuera; por algún motivo él no podía entrar. Su misión terminaba allí. Yo entraba, entonces, solo, y debía pasar por un lugar estrecho entre la pared a mi

izquierda y una mesa billar a mi derecha; había algunas personas jugando al billar. Hacia el fondo del recinto, bastante amplio, había un mostrador, que a un costado tenía una ventanilla de recepción con barrotes verticales. Me acercaba con temor pero al llegar comprobaba que tras él no había nadie, y que tendría que esperar pacientemente para ser atendido. En ese punto, desperté.

Me siento dando vueltas siempre en el mismo sitio. Si no me equivoco, estos apuntes comenzaban diciendo más o menos lo mismo, es decir, la incapacidad de mi conciencia para hacerse cargo de ciertos contenidos inconscientes que pugnan por salir a la superficie. Sin duda necesito un apoyo, alguien que, como en el sueño, me conduzca amablemente hacia ese mal trago de la prisión o del trámite difícil, donde de algún modo seré juzgado, o examinado con ojo crítico. Lamentablemente, en esta ciudad no hay terapeutas que puedan ayudarme, el único apto (aparte de mi mujer, quien debe quedar excluida por razones obvias) es alguien con quien existe un grado de amistad suficiente como para invalidar el lazo terapéutico. He pensado en curanderas, y me han hablado de un homeópata; está bien, estoy dispuesto a prestarme a casi cualquier cosa. Pero lo que realmente necesito es un psicoterapeuta, y no los hay aquí, y estoy enclavado aquí por múltiples razones, sin poder viajar con facilidad.

Por otra parte, está la mudanza inminente a la nueva casa. Esta casa que hemos de dejar, está, metafóricamente, cayéndose a pedazos (y materialmente, casi diría que también lo está). Cuando uno sabe que ha de abandonar un lugar para no volver, es imposible seguir viviendo en él cómodamente; por así decirlo, uno ya no está allí donde está, sino que vive proyectándose, cada vez con mayor fuerza, hacia el nuevo lugar donde va a vivir. Si miro mis libros es para pensar que debo hacer con ellos prolijos paquetes; y así pasa con todas las cosas. Si algo se pierde o se rompe, ya no se repone. Si un mueble está en un lugar inapropiado, ya no se cambia de lugar. Vivimos aquí provisoriamente, como en un hotel de paso, especulando todo el tiempo con los días y las horas que faltan para trasladarnos. Y este esfuerzo del traslado, sin embargo, todavía no se ha aceptado plenamente. No soy capaz de imaginarme el día de la mudanza, el levantarme de esta cama en mi casa para acostarme esa noche en esta

misma cama, en otra casa; en el medio hay un esfuerzo, una complicación, un trabajo que me parece no poder enfrentar.

Es que últimamente he acumulado demasiadas mudanzas. Después de más de treinta y cinco años de habitar el mismo edificio, en los últimos seis años ya me he mudado tres veces, y voy para la cuarta mudanza; esto, sin contar los numerosos pasajes por hoteles y casas de amigos y parientes, o una estadía de un mes en una casita aquí en Colonia. Son muchos cambios para un hombre que suele apegarse extremadamente a los lugares.

Ejercicios

3 de enero

Se me ha señalado, con entera justicia, que estos ejercicios han perdido por completo la intención caligráfica, aunque ahora mi letra es inteligible, o sea que en cierto sentido están cumpliendo su función. Pero hoy intento, entonces, poner el mayor cuidado posible en el trazado de las letras. Dediquemos este ejercicio de hoy al cultivo de la paciencia en la escritura, de la atención en lo que dibujo y no en lo que trato de decir. Ahora, sin embargo, voy a arriesgarme a algo muy difícil: voy a intentar el relato de un sueño reciente, sin por ello perder de vista el cuidado en mi tarea caligráfica.

Hacia el despertar, hoy, tuve el tercero de una serie de sueños eróticos de características similares; a partir del primero tuve la impresión de estar sometido a maniobras de hechicería. A diferencia del primero, el segundo sueño no se refirió a un acto sexual completo, sino a una escena erótica que se repetía una y otra vez durante toda la noche, en un estado de semisueño, o semivigilia, o trance hipnótico. El sueño de hoy es como la continuación cada vez más atenuada de la serie, y podría decirse que es un sueño normal, que no lleva en sí elementos que hagan pensar en maleficios; pero pertenece

a la serie por intervenir en él, como en los otros, mujeres desvalorizadas. La del segundo sueño tenía elementos de atracción, pero también de rechazo. Y la de hoy, igual, aunque se trata de una mujer que fue atractiva hace unos años y con quien es posible un buen intercambio intelectual. Creo que en la serie —brujerías aparte— se muestra un proceso en relación al ánima (ver Jung), y a medida que este proceso avanza yo me voy sintiendo un poco mejor física y espiritualmente.

6 de enero

Los Reyes Magos no me trajeron un carajo. Tendré que arreglármelas solo en la vida. (Esta frase esconde, tras su apariencia chusca, una profunda verdad.)

Anoche tuve un sueño de lo que ahora es ya innegablemente una auténtica serie —la serie de los sueños con grupos de personas desconocidas. El primero fue en Buenos Aires, los demás, dos o tres más, aquí en Colonia. Creo que todos ellos refieren, entre otras cosas por supuesto, al hecho real de vivir entre extraños, como en un exilio.

Se trataba de una excursión. Salíamos de cierto lugar, y me presentaban a una joven desconocida, llamada Cristina. Luego, junto a una cantidad de gente, nos trasladábamos en un carro tirado por un caballo. La única persona que yo conocía de todas las que viajaban (siete, ocho o más) era Jorge, un profesional amigo de Alicia, y él parecía ser un invitado especial en este viaje. De ahí en adelante yo tenía un papel secundario en el sueño, como en último plano. Todos parecían tener un propósito definido, que yo ignoraba.

(segunda hoja)

Yo mismo me quedaba en ese segundo plano, sin preguntar, dejándome llevar y cumpliendo además un papel protector hacia la tal Cristina, quien

por momentos aparecía muy joven, casi una niña.

El grupo tenía la conformación típica de los grupos de hombres solos; congregados por un propósito común, no sé cuál, se comunicaban entre ellos e ignoraban a las mujeres, las que luego, al llegar a destino, aparecían como meras sirvientas. Yo actuaba como nexo entre el grupo de hombres y, a través de Cristina, el de las mujeres.

Por fin llegábamos al portón de una casa de campo o granja; en la puerta nos recibía el dueño de casa, un viejo con mucho de cacique, caudillo o capo de mafia. Durante el viaje se mencionaba concretamente a la ciudad de Colonia.

En la calle, unas mujeres preparaban mesas largas como para un banquete. La luz era nocturna. Entramos a la casa, grande, antigua y de compleja circulación. Pronto perdía de vista al grupo de hombres. También a Cristina. Daba algunas vueltas, y al fin los encontraba en una pieza que parecía un estudio de radio o de grabaciones, y los veía a todos detrás de un vidrio haciendo un reportaje grabado a Jorge, quien al parecer era la «estrella» de la reunión. Aparecía Cristina desde afuera, y golpeaba el vidrio de la puerta exterior, muy sonoramente. Yo le hacía señas de que no hiciera ruido, por la grabación, y salía de allí y echaba a andar junto a ella.

EL DISCURSO

6 de enero

Hay una cantidad de cosas inútiles que son imprescindibles para el alma. Diría más: sólo las cosas inútiles son imprescindibles para el alma (aunque no *todas* ellas). Pero no lo digo por no caer en un extremismo del cual enseguida me habré de arrepentir. Estos extremismos son producto de las circunstancias, de mi rebeldía ante las circunstancias. Como estoy

determinado por lo utilitario, mi defensa de las cosas inútiles se hace demasiado vehemente. Pierdo equilibrio y buen criterio.

Estas reflexiones se generaron sin duda porque estoy nuevamente solo en casa (y es domingo). Amo estos fines de semana en que puedo estar solo, aunque deploro lo breve de este tiempo en soledad. No quiero decir que desearía vivir solo; en realidad, desearía vivir en medio de gentes que respetaran mi soledad, mi necesidad de silencio, de divagación. Mi mujer está aprendiendo a hacerlo, pero en una medida que todavía no me resulta suficiente; desearía que ella misma se plegara a este mundo, *ideológicamente*, por decirlo así, y que alguna vez llegara a disfrutar de la paz y del silencio como yo los disfruto.

Esta mañana, al despertar solo en casa, en medio de un gran silencio, de una gran paz, se me dio una colección de inutilidades, de esas que son gratas al alma. Mientras desayunaba leí algunas cartas de Dylan Thomas; en una de ellas, de su juventud, decía que no podía considerar hermosa ninguna cosa efímera; que la belleza es cuestión de eternidad. Yo no estuve de acuerdo pues no puedo pensar en nada que no sea efímero. Aun las formas puras necesitan de una mente efímera para existir. La belleza está en la mente, no en las cosas; y las formas puras sólo existen en la mente.

Después puse un casete al azar y lo primero que se escuchó fue una versión —por una orquesta para mí desconocida— de un tema popularizado hace muchos años por la orquesta de Enrique Rodríguez (algo así como «Noches de Hungría» o «Amor en Estambul»). Me produjo una sensación deliciosa, y de inmediato se me presentó la imagen de un gran galpón o una barraca que habíamos visto con mi mujer días atrás en una playita cercana al hipódromo; un viejo edificio lleno de vidrios. En aquel momento había deseado tener una cámara fotográfica para retratar ese paisaje de vidrios (algunos sanos, muchos rotos) en la luz especial de la puesta de sol. Y además de esos vidrios había maquinarias y bobinas abandonadas entre pastizales y yuyos. Delicioso: me produce un placer casi erótico la contemplación de ciertas ruinas, de casas abandonadas, de casas demolidas, sobre todo cuando son invadidas por la vegetación.

Recuerdo ahora una casa en Pan de Azúcar, abandonada o bien sin terminar, casi un esqueleto de casa; tal vez haya sido abandonada antes de

terminarse de construir. A través del hueco de una ventana salía la rama de un árbol crecido en su interior. Diga lo que diga Dylan Thomas, esto es belleza para mí. Como es belleza, y constituyó según creo mi primera vivencia místico-religiosa auténtica, la contemplación —en ese mismo camino que desde Piriápolis lleva a Pan de Azúcar— de una iglesia abandonada, cayéndose materialmente a pedazos, y con un horrible cristo de madera sobre el portal (después me contaron que ese cristo había llegado a la costa flotando en las olas del mar).

La orquesta de Enrique Rodríguez es algo parecido a todo eso. Cuando regresábamos con mi mujer de un largo viaje en auto, durante un buen rato nos había acompañado un programa de radio dedicado precisamente a Enrique Rodríguez. Fue algo maravilloso, sólo empañado por la imposibilidad de compartirlo con mi mujer, concentrada en el volante y muy incómoda por verse obligada a escuchar semejante mamarracho.

Yo puedo gozar de Bach y de Vivaldi tanto como ella, y sé distinguir entre Bach o Vivaldi y Enrique Rodríguez. Pero en ese momento no podía explicarle que esa orquesta es para mí algo similar a la contemplación de ruinas invadidas por la vegetación. No por el tiempo transcurrido, aunque en cierta forma el tiempo transcurrido acentúa el efecto, sino que, en este caso particular, ya la intención original de Enrique Rodríguez era en su momento una ruina invadida por la vegetación. Eso es lo que me dice su música y lo que hoy, después del desayuno, se sumó a mi discusión secreta con Dylan Thomas y al recuerdo de la puesta de sol en la playita próxima al hipódromo. Y así fue como rescaté una parte esencial de mí mismo, perdida en medio del fragor de estos últimos años.

*

Cree la gente, de modo casi unánime, que lo que a mí me interesa es escribir. Lo que me interesa es recordar, en el antiguo sentido de la palabra (=despertar). Ignoro si recordar tiene relación con el corazón, como la palabra *cordial*, pero me gustaría que fuera así.

La gente incluso suele decirme: «Ahí tiene un argumento para una de sus novelas», como si yo anduviera a la pesca de argumentos para novelas y

no a la pesca de mí mismo. Si escribo es para recordar, para despertar el alma dormida, avivar el seso y descubrir sus caminos secretos; mis narraciones son en su mayoría trozos de la memoria del alma, y no invenciones.

El alma tiene su propia percepción y en ella viven cosas de nuestra vigilia pero también cosas particulares y exclusivas de ella, pues participa de un conocimiento universal de orden superior, al cual nuestra conciencia no tiene acceso en forma directa. De modo que la visión del alma, de las cosas que suceden dentro y fuera de nosotros, es mucho más completa que lo que puede percibir el yo, tan estrecho y limitado.

Hoy recuperaré esos distintos tipos de ruinas, y sé que con eso el alma me está diciendo que *yo soy esas ruinas*. Mi contemplación casi erótica de las ruinas es una contemplación narcisista. Y si bien tiene su precio, esa autocontemplación es placentera aunque la visión sea triste. Me miro en el espejo y veo a alguien que no me gusta del todo, pero es alguien en quien puedo confiar. Lo mismo sucede con estas contemplaciones interiores: no importa si percibo un retrato feo, mientras sea auténtico.

Claro que no sé hasta dónde mi alma es mía; más bien yo pertenezco al alma y esta alma no está, como señala más de un filósofo, necesariamente dentro de mí. Es simplemente algo que no conozco; el yo no es otra cosa que una parte modificada, en función de cierta conciencia práctica, de un vasto mar que me trasciende y sin duda no me pertenece; un espécimen surgido, o emergente, de un vasto mar de ácidos nucleicos. Pero qué hay detrás, cuál es el impulso que se expresa mediante el ácido. Ese deseo, esa curiosidad, esa voracidad subyacente en las partículas materiales.

No tengo, en verdad ya no tengo, curiosidad por conocer respuestas; hoy me basta con las preguntas —o ni siquiera necesito las preguntas. El discurso hoy ha tomado esta forma justamente por mis carencias, porque he vislumbrado durante unos instantes esos fragmentos de memoria, memoria del alma, y me he recordado por unos instantes, y el resto de mi vida, fuera de esos instantes, se vuelve, por el contraste, todavía más insustancial.

9 de enero

Irrumpe un sueño en el discurso vacío:

Estoy en una cama, en una habitación amplia, con dos mujeres. Una de ellas es mi mujer, acostada a mi izquierda, con los pies hacia mi cabeza. A mi derecha, y en mi misma dirección, está X (a quien conocí hace muchos años, y hoy es una anciana; en el sueño aparecía joven). Entre los tres fluye un vivo y alegre deseo sexual, aunque mi mujer se mantiene un poco apartada; no desaprueba; espera, con una sonrisa, que llegue su momento. La habitación, sin embargo, está muy expuesta a miradas ajenas, con un gran ventanal a la derecha y grandes puertas de vidrio a la izquierda; y en ese momento aparece Ignacio, quien se para en la puerta y trata de entrar. Yo lo echo y cierro la puerta, y además comienzo a cerrar persianas y bajar cortinas para aislarnos de todo tipo de miradas, tanto del lado izquierdo como del derecho. Vuelvo a mi lugar en la cama y X descubre sus pechos para que se los acaricie. En ese momento hay un cambio fugaz de escena; estamos en una playa, y mi mujer exclama un nombre famoso (alguien que fue famoso a nivel popular hace muchos años, alguien hoy seguramente olvidado, un músico popular, o un cantante). Levanto la vista y veo venir a un hombre de lentes negros, que se acerca como para saludarnos. X y yo nos sentimos muy molestos por la interrupción, mientras que mi mujer parece considerar muy importante esa presencia, tanto como para interrumpir nuestro juego. Finalmente X se da vuelta, de espaldas a mí, en actitud de abandono, y yo me despreocupo de lo que pueda suceder a nuestro alrededor y me dedico a acariciarle los pechos, pegando mi cuerpo contra el suyo. Allí la escena se desvanece, pero como si entrara en un sueño más profundo, más que como si despertara.

En otro tramo del sueño, yo estoy literalmente «tratando de cortar el cordón». No sé en qué momento ni con qué finalidad, yo había unido unos cordones muy largos, formando uno solo que atravesaba la calle y se introducía en un edificio; al parecer ya había cumplido su función y yo debía cortarlo, y para ello busco un cuchillo (dentado, como los de la cocina). Al unirlo, por una necesidad urgente (no sé cuál) había cometido algo parecido a un delito, echando mano a un cordón que colgaba de un mástil de bandera en un edificio público, tal vez una escuela. Está amaneciendo y temo que me descubran, de modo que me apresuro,

nerviosamente, a buscar el lugar de la unión entre los cordones para cortarla. No sé si llego a cortarlo o no, pero de todos modos sigo con el otro sector del cordón, el que se introduce en el edificio; atravieso una puerta metálica, y me encuentro dentro de algo que es como un club deportivo. Allí está nuevamente Ignacio, con otros niños y muchachos, y un profesor mayor de edad que les está diciendo algo con tono de reproche. Antes de abrir la puerta y ver esa escena, había oído la voz de Ignacio que me nombraba; estaba contando una historia acerca de mí. Cuando me ve, cambia lo que estaba contando por otra historia más inofensiva; lo hace de un modo que me resulta evidente ese cambio. Cuando el profesor habla haciendo un reproche, yo subrayo lo que él dice, apoyándolo.

El cordón termina en la mano de un niño. Al parecer yo he tironeado muy fuerte del cordón, y la mano del niño, que en realidad era una prótesis, se sale de su sitio. Queda a la vista un muñón, con algo de cuero que lo rodea, y una punta, como de un tornillo, donde encajaba la mano. El niño me reprocha que le haya sacado la mano de su lugar, y yo le digo que necesito rescatar urgentemente esa punta del cordón. Me despreocupo de la mano y trato de desatar el cordón que estaba atado fuertemente alrededor de la muñeca del niño. Pienso vagamente que luego lo ayudaré a poner la mano en su sitio.

Ejercicios

12 de enero

Insisto en tratar de disciplinarme en aquellas cosas que, como estos ejercicios, pueden darme una cierta estructura en medio del caos premudanza. Pero para que realmente esta disciplina resulte útil, debe ser un ejercicio fundamentalmente del dibujo de la letra, sin dejarme llevar por los contenidos del discurso. Debo procurar una letra más grande y, por

supuesto, perfectamente legible. Respiro profundamente para tratar de calmar la ansiedad, sin pensar en todo lo que debo hacer luego —pero como realmente no puedo dejar de pensar en ello, más vale que lo escriba. Debo empaquetar mis libros, es decir formar con ellos pilas armoniosas y atarlas con trozos de cuerda. Debo también mirar un número apreciable de vídeos, parte de ellos en relación a un trabajo encarado, y parte para aprovechar el dinero gastado en el alquiler de la videocasetera. Debo ocuparme de otros detalles en relación con la mudanza, que en este momento no tengo muy claros, aunque debería tenerlos; debo, pues, pensar en ellos y hacer una lista. También debo ocuparme de entrar oficialmente en el año 1991, poniendo al día mis agendas —y debo comprar una agenda de este año—. Luego debo, o debería, ocuparme de preparar la publicación, o el intento de publicación, de ciertos libros míos. Como se ve, el tiempo no me alcanza; entonces opto por desentenderme de todo y jugar con la computadora.

13 de enero

El ejercicio caligráfico de ayer me ha ayudado sin duda a centrarme un poco en mis cosas, e incluso pude comenzar sin desesperarme el trabajo de ordenar y atar los libros. En estos momentos estoy escribiendo con bastante incomodidad, porque de los libros se han desprendido algunos grumos de pintura y revoque a su vez desprendidos de la pared, que se habían ido acumulando sobre ellos durante un largo período, y muchos de esos pequeños grumos han quedado debajo de este papel donde escribo, dificultándome la tarea y causándome irritación. No sé por qué no se me ha ocurrido limpiar la tapa del escritorio (creo recordar que no se dice tapa sino tabla). Tampoco sé por qué no lo hago ahora. Sigo escribiendo.

B B B B B B B B B B Bien, otra vez había olvidado la manera de escribir la B. El problema es que olvido por dónde comenzar a trazarla, y si no me sale espontáneamente, pensándolo no puedo conseguirlo. Hay algún truco en alguna parte, y no termino de descubrirlo.

Soy consciente de que no estoy haciendo buena letra. Escribo muy rápida y nerviosamente. La carga de stress y ansiedad por el asunto de la mudanza es muy grande. Debo seguir atando libros en paquetes, y hacer muchas cosas más. No tengo ganas de hacerlo. No quiero mudarme. Estoy harto de mudanzas y cambios. Pero hay que hacerlo, porque así lo han dispuesto las fuerzas supremas.

15 de enero

A pesar de las circunstancias, que hacen de estos ejercicios una tarea improcedente, me sumerjo en ellos buscando mi centro, que no he de encontrar por cierto, pero al menos trato de aproximarme. Noto que arranqué de entrada con una letra grande, aunque no bella, pero no del todo fea. Ello tal vez se deba a un poco de vino que tomé con el almuerzo. Noto también que la z es una letra que no me sale bien; no la tengo dominada, tal vez por la dificultad de trazar el palito sin levantar el lápiz. Veamos: trazar, trazar, trazar... esta es la forma correcta y creo que sólo se puede conseguir trazando el palito después de escribir toda la palabra, como el punto de la i o el palito de la t, volviendo hacia atrás y revisando la palabra escrita para ver qué le falta en materia de aditamentos. Es una grave falla de la letra manuscrita de nuestro idioma, eso de que no pueda escribirse sin levantar el lápiz; aunque tal vez en otros idiomas las cosas son todavía peores. Pero volvamos a la z: si intento escribir la palabra de un solo trazo, me queda un mamarracho. Debo recordar entonces dejar ese palito para trazarlo al final. Y ahora llego al fin de mi hoja sin haber conseguido un centro ni nada que se le parezca, aunque satisfecho de que la letra me haya salido grande y legible.

4 de febrero

Trato de reinstaurar un hábito positivo. Es casi tan difícil como abandonar un hábito negativo. Todavía estoy paralizado en muchos aspectos por la mudanza y sus secuelas. En medio del caos de estos días, en medio de una lucha frenética y sin descanso por buscar y por tratar de obtener un poco de orden, no había ni espacio ni tiempo ni disponibilidad mental para otro tipo de trabajo. Hoy todavía las cosas no han encontrado su lugar definitivo y falta mucho, pero mucho, por hacer en relación a la nueva casa; pero algún tipo de orden se ha conseguido, al menos en lo espacial. El tiempo sigue desordenado, desestructurado, y siento que la falta de estructura de mi tiempo ejerce un efecto similar en el yo. Me cuesta encontrarme conmigo mismo, no ya en un sentido profundo, sino también en las pequeñas cosas y en los pequeños gestos cotidianos. Uno es uno mismo pero también es su entorno; el sí mismo se prolonga y se proyecta en el entorno, y un desajuste de este último desajusta todo el psiquismo.

Intento, pues, recomenzar aquel viejo trabajo sobre mi letra para tratar de irme rescatando cada vez más ampliamente. Imagino que el cultivo de este hábito, más que el de otros hábitos positivos que iré incorporando en los días sucesivos, me dará un ritmo, una pauta, una base sobre la cual edificar mi manera de vivir en esta nueva casa y en este nuevo tiempo que con ella iniciamos.

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

Ejercicios

18 de febrero

Hoy retomo estos ejercicios, en un vano intento de reunir mis pedazos flotantes. Pero advierto que esta lapicera no es apropiada para el tipo de papel, pues la tinta tiende a correrse. Tomo pues la bic, y ya estos cambios en mi rutina son un índice claro de fragmentación. Hay tantas, pero tantas cosas que necesitan ser ordenadas (o, más propiamente, organizadas) —en la nueva casa, en mí mismo, en los que me rodean— que me siento desbordado. Y hay un viaje inminente a Montevideo, y probablemente de ahí a Maldonado, que contribuye pesadamente a acentuar toda esta desorganización. Creo simplemente que no puedo ni debo hacer ese viaje, que el precio a pagar por él (el precio psíquico) es demasiado alto; y sin embargo es inevitable, y el precio por no hacerlo sería todavía mayor. Es una de esas situaciones esquizofrenizantes, a las que Laing denomina «de jaque mate». (Nadie como una madre para crear este tipo de situaciones. Ella dice que se quebró la cadera porque la tiró un golpe de viento, y así lo cree; pero yo estoy seguro de que fue un viento que venía desde su inconsciente, un último y desesperado intento por llevarme a su lado.) En estos días percibo como nunca el peso de la fatalidad. Mi falta de libertad es absoluta, y siento correr el tiempo a toda velocidad, de un modo improductivo, lamentable. Se me genera una ansiedad imposible de

controlar. Mi cuerpo se deforma cada día más, sumando kilos. Y fumo sin cesar, y sin placer.

No encuentro, realmente, la forma de encarar todo esto, mientras mi escritorio desborda de cosas que hacer, y hay cosas que hacer por mí mismo, cosas que necesito hacer por placer, por necesidad de darme una identidad, por subsistir y por existir —y no las puedo hacer, no puedo siquiera crear el entorno necesario para hacerlas.

15 de marzo

Este ejercicio es como una ramita que trato de aferrar después de haber caído por un precipicio. Nunca anteriormente me había visto en una situación tan desesperada, a pesar de que muchas veces he estado en situaciones muy difíciles. Pero por lo menos tenía una confianza de fondo, «mágica», que me sostenía; había en mí una presencia secreta, misteriosa, una especie de ángel protector. Había de fondo una especie de oculta y retorcida confianza en mí mismo, y una más oculta y más retorcida confianza en Dios. Esa confianza siempre me sacó adelante. Ahora siento que he perdido pie por completo, que mi mente está fragmentada, que estoy invadido por una parálisis psíquica —y poco a poco también se va haciendo física—. No hay nada en el presente que signifique contento, ni por un instante; no hay paz ni sosiego, no hay sueños para recordar —como si el espíritu fuese un campo árido, un desierto. Y no hay el menor atisbo de futuro, de ningún futuro deseable. Todo es un precipitarse de los días, las semanas, los meses y los años, vertiginosamente, sin huellas, vacíos por completo de contenidos, hacia la muerte como única certeza. Día a día, desde hace demasiado tiempo, sólo puedo observar pasivamente los progresos de mi ruina.

Todo esto es muy abstracto, lo sé, y lo es no porque no pueda concretarlo, sino porque estoy cansado de hacerlo y ya no quiero repetirme. Esto es un ejercicio caligráfico, y nada más. No tiene sentido preocuparse por darle un contenido más preciso. Sólo llenar una hoja de papel con mi escritura.

17 de marzo

Es preciso, aunque difícil, instaurar formas de disciplina; este ejercicio es siempre el primer paso en ese intento que por lo general no va más allá. Sin embargo insisto en comenzar por este ejercicio, entre otras cosas porque es lo más sencillo, pues no requiere otros elementos que una birome y una hoja de papel; todo lo demás —cualquier otra cosa que quiera realizar— significa emprender primero una búsqueda de los elementos apropiados, lo que me desalienta de entrada. Por otra parte, el ejercicio caligráfico se puede hacer en cualquier lugar, pero no es fácil para mí encontrar un lugar apropiado en esta casa, ya que cada uno de los lugares posibles puede llegar a presentar inconvenientes muy serios. Por ejemplo, ahora estoy sentado a mi escritorio, junto al dormitorio en la planta alta; este lugar sólo puede ser utilizado en un día como el de hoy, en el que corre brisa fresca. Durante la mayor parte de todos los otros días suele haber aquí una temperatura insoportable por causa de un techo de zinc que carece de buena aislación. Por otra parte aun, este lugar es de muy reducidas dimensiones, y no puedo acomodar mis cosas en él; incluso ahora estoy escribiendo molestando por una cantidad de papeles y de otros objetos que están sobre el escritorio, y no puedo acomodarlos en otra parte por falta de espacio y de muebles adecuados. Mi letra no es buena por muchos motivos, entre otros por la falta de práctica; pero también me siento estorbado y perturbado por el desorden del escritorio. Otras sencillas tareas se me vuelven pesadillescas, pues debo reunir elementos dispersos en el cuarto del fondo, donde también están amontonados de manera incómoda, y donde además soy perturbado por un clima atmosférico desagradable.

18 de marzo

Por fin dos días seguidos de ejercicios. Además hoy he podido realizar algunas cosas dentro y fuera de casa, aunque sigue en pie el gran problema de la falta de un lugar de trabajo para mí, y en la mañana de hoy el zumbido

de la vecina subestación de electricidad llegó a grados increíbles —me despertó y me torturó durante largo tiempo, hasta que conseguí levantarme; abajo, el zumbido ocupaba toda la casa, excepto el cuarto de Ignacio. Definitivamente, tendré que optar por mudarme a ese cuarto durante un tiempo, mientras se construye un lugar para mí. A Ignacio no le gusta la idea, pero tendrá que aceptar.

Ignacio se vuelve más difícil día a día. Creo que hay varios motivos, entre ellos la ausencia casi permanente de su madre, la falta de autoridad de la empleada, y el hecho de tener una llave de la casa, y un cuarto a la calle, calle desde donde es tentado permanentemente por sus amigos. Hoy lo amenacé con mudar su cuarto a la piecita del fondo, lo cual lo mantendría lejos de la tentación de la calle y permitiría que nosotros (mejor dicho, yo) pudiéramos controlarlo mejor. Pero es una medida bastante cruel, ya que esa piecita es desagradablemente inhóspita. Sin embargo es una idea a tener presente por si las cosas no mejoran y no es capaz de un mínimo autocontrol. Sigue siendo como un animalito que no conociera ninguna regla moral y actuara permanentemente de acuerdo con sus impulsos y con lo que cree que es su propia conveniencia. Durante un tiempo tuvo una conducta más adecuada, pero a partir de la mudanza, y de la llegada de esta empleada nueva, retrocedió mucho y muy rápidamente. Espero poder encontrar estrategias adecuadas para volver a encauzarlo, pero estoy muy cansado.

19 de marzo

Tercer día consecutivo de ejercicios caligráficos. Esto es como una pequeña luz que brillara en la oscuridad (de mi mente). Veo además, complacido, que la letra me está saliendo más pareja. Un poco chica; trataré de hacerla un poco más grande, aunque en realidad prefiero no forzar demasiado las cosas y permitir que mi ser se exprese como pueda, aun a costa de la caligrafía propiamente dicha y de los efectos terapéuticos esperados. Lo importante ahora es salir del estado catatónico; no importa que la salida no sea elegante. Lo único que estoy pidiéndome a mí mismo,

lo único que he comenzado a pedirme y aun a exigirme, es la acción; tanto la acción de este tipo —escribir modestamente dos carillas— como la salida al mundo exterior, aunque sea caminar dos o tres cuadras para comprar cigarrillos. Debo luchar contra las fobias y contra la inmovilidad, la pasividad, sobre todo porque detrás de esta pasividad se oculta una poderosa fuerza destructiva. Sería preferible que rompiera objetos, que hiciera cualquier cosa antes que continuar en un estado insensato de espera, durante el cual *nada* se va a resolver, y yo voy a seguir acumulando frustración y rabia. La rabia ya no está dirigida hacia nadie en particular, salvo, creo, yo mismo. Si bien las circunstancias son un cúmulo de desastres y de situaciones desagradables, mi mala respuesta a las mismas —lenta, torpe, insegura— sólo consigue agravar esas circunstancias y complicar aún más la posibilidad de soluciones.

20 de marzo

Cuarto día consecutivo de ejercicios. Aunque estoy instalado en medio del zumbido desquiciante de las máquinas vecinas, trato de seguir la orientación que hoy Alicia me dio al despertar. Curiosamente, esa orientación viene de mis propias palabras, escritas durante los ejercicios de ayer, que ella leyó antes de dormirse o quizá ya a medias dormida. Yo decía que mi respuesta a los problemas no era la correcta, y que debía intentar cambiar esa respuesta. Alicia me dijo lo mismo esta mañana, y añadió algunas cosas prácticas de su propia cosecha. Seguramente no recuerda lo que leyó anoche de mi ejercicio.

Tengo buena voluntad, pero el problema del zumbido —que viene a agravar o multiplicar los padecimientos de muchos otros problemas surgidos con la mudanza, como lo son por ejemplo el calor, la falta de defensas ante el calor, y la falta de espacio— se hace día a día más intolerable. En estos momentos el zumbido ha ganado en intensidad de un modo asombroso; desafía incluso a los ruidos de la calle. Y se ubica en el mismo centro de mi lugar de trabajo, y lo invade, y crece, y no hay caso de cerrar puertas y ventanas; ahora lo estoy sintiendo en forma de vibraciones,

con la planta de los pies apoyada —zapatilla de por medio— sobre el piso de madera. Es como un vibromasaje desquiciante. Mi buena voluntad no alcanza; estoy desesperado por salir de este lugar, apresuro mi escritura todo lo que puedo para terminar de una vez la hoja y salir corriendo. SOCORRO.

21 de marzo

Quinto día consecutivo de ejercicios; afortunadamente parece ya un hábito. Claro que todavía esto dista mucho de ser un ejercicio caligráfico hecho con aplicación y esmero; pero no debemos apresurarnos. (Hoy leí una frase de Rilke que es monumental: dice algo así como que «la realidad es una cosa lejana que se acerca con infinita lentitud al que tiene paciencia».) (Tengamos paciencia, pues, y esperemos que esa cosa lejana se acerque.)

(Pero pocas cosas conspiran más contra la paciencia, y por ende contra la realidad, que ese zumbido constante que no deja dormir, pensar, percibir; a eso se suma un interminable tiempo tormentoso, pesado, húmedo, con bajas presiones —hay una tormenta amenazando desde hace varios días y no se resuelve a estallar—; tensa los nervios y estropea la vida. Por momentos, en algunos días, cayó una lluvia tenue, desganada, monótona; lo que hace falta es un violento estallido, rayos, truenos, vientos, furia de los elementos que descarguen, desagoten ese cúmulo de electricidad estática que reciben la tierra, las personas y las cosas.)

Pero cada vez más me dejo llevar por mi afán narrativo y olvido la letra. Ahora pongo más cuidado, aunque la mano, nerviosa, se apresura a trazar sus dibujos sin dar mayor tiempo de reflexión al pensamiento. Ahora, el zumbido no se oye; y la pieza donde trabajo está razonablemente fresca. Pero Alicia me está llamando.

23 de marzo

Ayer me he saltado los ejercicios. Hoy resuelvo retomarlos a pesar de las condiciones climáticas, aun peores que las de ayer —pero en este momento no hay zumbido perceptible, salvo el de mis propios oídos, un zumbido chillón que percibo a menudo dentro de mi cabeza cuando estoy falto de descanso—. En cuanto al descanso, desde que comenzó el zumbido proveniente de la vecina subestación, se me ha hecho bastante difícil e irregular. Esto me vuelve sumamente irritable y malhumorado, desgastado e incapacitado para realizar las cosas más sencillas.

También me he tenido que conformar con dormir a salto de mata, cuando algún lugar libre de zumbido queda a su vez libre de gente. Todo esto es muy perjudicial para la salud. Mi principal refugio es la lectura, la mayor parte de ella libros que ya he leído varias veces. La lectura me permite aislarme un poco del zumbido y eludir la percepción de mi propio malestar; también debo aislarme del bullicio y el desorden de esta casa, la que, por causa entre otras cosas de mi pobre estado de ánimo, no ha podido ser organizada mínimamente, y tampoco lo han hecho los otros que habitan o trabajan aquí. Anoche soñé que vivía y dormía en un ómnibus interdepartamental, lo cual no es una mala imagen de mi inestabilidad, de la inseguridad que me provoca esta situación. Y ahora viene la Semana Santa, o de Turismo, y desde luego toda la actividad del país queda paralizada, de modo que la persecución de soluciones también entra en receso.

25 de marzo

Hoy es un día raro, en muchos sentidos. Por ejemplo, el clima atmosférico, muy revuelto e inestable, como si coexistiera el verano con el otoño; hay frío y calor, diferentes presiones, todas cosas que desconciertan al cuerpo y producen un malestar indefinido. Por otra parte, hoy me desperté con la noticia de que se ha cometido un asesinato en Colonia, en uno de los amables parajes que solemos frecuentar. Una cosa es el asesinato en la novela policial, y muy otra cosa en la vida llamada real. No es agradable la idea de estar viviendo en una ciudad pequeña y confiada, muy desprotegida, con un asesino suelto. O con varios, ya que la víctima es una

mujer y se sospecha violación. Otro de los motivos que vuelven raro al día es la noticia de que probablemente se publique un libro mío en Bélgica, y más rara aún la noticia de que tal vez paguen un interesante adelanto por los derechos.

Por su parte el clima, si es que por fin llega a estabilizarse en un otoño razonablemente normal, augura la posibilidad de que pueda ir retomando mi trabajo, aun antes de realizar en la casa los cambios proyectados para que yo tenga un lugar único donde reunir mis cosas. Al desaparecer el calor abrumador, las fuerzas físicas y la voluntad irán cobrando mayor fuerza y me permitirán vencer las dificultades y molestias de la falta de un espacio propio.

26 de marzo

El clima (atmosférico) es hoy muy propicio para el trabajo. Hay un aire fresco —por momentos, demasiado fresco— y no hay esa mezcla de estaciones y temperaturas y presiones que había ayer. Por otra parte, la UTE parece haber solucionado (si bien no de manera absoluta y definitiva) el problema del zumbido, de modo que se ha eliminado otro de los factores paralizantes. Ahora, queda el problema del espacio para mí, pero se están tomando las providencias para crearlo. En cuanto al zumbido, sé que estoy sensibilizado y por momentos me parece oírlo con la misma fuerza de antes; basta que cualquier otro sonido —como el motor de un auto, moto, o la misma heladera de casa— produzca en algún momento una impresión similar en el oído, para que esa impresión se prolongue en el tiempo, se amplifique y se identifique, sobresaltándome, con ese zumbido permanente. Claro es que el zumbido real no ha desaparecido por completo, y que las paredes de casa lo están transmitiendo continuamente; yo no sé si este nivel actual de zumbido estuvo siempre, y sólo lo percibo ahora, cuando presto atención en los lugares estratégicos, porque estoy sensibilizado, o si el problema real no ha sido solucionado por completo. Esto habré de saberlo con el correr de los días, puesto que al cesar un estímulo, la sensibilización

al mismo va decreciendo progresivamente hasta que se alcanzan los umbrales normales de percepción.

En este ejercicio de hoy he puesto cuidado en hacer una letra legible, pero todavía estoy muy lejos de la paciencia y de la capacidad de concentración necesarias para alcanzar el resultado que me he propuesto.

27 de marzo

Volvió el zumbido, con su máxima intensidad. Es algo muy curioso. Ya es la segunda vez que sucede: vienen los operarios y arreglan las cosas, y ese arreglo dura exactamente veinticuatro horas. Lo único que se me ocurre es asemejar esto con el problema del ruido de la heladera de casa. A veces, una chapa suelta comienza a vibrar con el movimiento del motor, y multiplica hasta hacerlo intolerable lo que habitualmente es un suave ronroneo. Entonces voy y coloco un cartón, en una posición adecuada entre la chapa suelta y el cuerpo de la heladera, de modo de impedir el golpeteo. Pero después de unos días o de unas horas, la propia vibración va corriendo de lugar ese cartón que puse, y finalmente queda en un lugar donde ya no tiene ninguna utilidad para impedir el ruido, y todo recomienza. Se me ocurre que algo similar debe suceder con estas máquinas de la subestación; los obreros deben venir y hacer un arreglo chapucero, no muy distinto del mío en la heladera; luego, las mismas vibraciones anulan el arreglo. La solución debe ser definitiva; en la heladera bastaría con colocar unos tornillos. Con estas máquinas, no sé cuál será la solución, pero debemos insistir en reclamar. No es posible vivir en estas condiciones.

1.º de abril

Ahora Juan Ignacio está en la práctica de fútbol, Alicia trabajando, la empleada en su casa (o donde sea; por lo menos no está aquí); ahora los invitados de Semana Santa se han retirado; ahora son las 19:30 y no hay

zumbido que brote de las paredes, y he logrado dormitar unos minutos; ahora ya he caminado por la playa con Alicia, y sentido el deterioro de mi cuerpo; y he desayunado y almorzado y tomado la merienda y me he lavado los dientes tres veces; ahora está fresco, agradablemente fresco; ahora el perro no ladra y nadie llama a la puerta; ahora la jornada culmina, o está por culminar, para mucha gente; ahora puedo sentarme a mi escritorio y, después de tantos días de inactividad total, puedo intentar de nuevo estos ejercicios.

Ya paso a ocuparme de la letra con mayor cuidado; desde el principio fui consciente de estar haciendo mala letra, pero tenía ganas de escribir con rapidez lo que sentía; ahora puedo comenzar a exigirme, a pensar un poco en el trazo. Creo que nunca lograré una letra bien legible y al mismo tiempo veloz; // ahora acabo de ser interrumpido, primero por el timbre de calle, luego por el teléfono//. Espero que dentro de no muchos días pueda tener organizado mi lugar de trabajo y comenzar en serio con estos ejercicios y con todo lo demás.

3 de abril

Estoy buscando y descubriendo fórmulas para sobrevivir en esta extraña forma de marginación dentro de mi propia casa. Ayer pude dormir una buena siesta aprovechando la momentánea ausencia del zumbido; de noche descubrí en el dormitorio una misteriosa zona donde las ondas vibratorias se anulaban entre sí, creando un hueco de silencio, o silencio relativo, pero dentro del cual se podía dormir. Presiento que la lucha no será tan breve como parecía; si bien de la UTE anuncian que el problema se resolverá definitivamente «hoy o mañana», retirando la máquina descompuesta, esto ya se ha dicho otras veces y no se ha cumplido. Es posible que debamos llegar a un juicio. Veremos. Otro factor de marginación, la empleada, se ha atemperado bastante con el cambio por otra empleada, cuya presencia no irradia agresividad y por el contrario se muestra deseosa de colaborar. De todos modos una casa con servidumbre es una «casa tomada», o al menos con zonas cambiantes de ocupación. Si a la presencia no agresiva de la

empleada actual pudiéramos sumar algunos arreglos elementales (mayor volumen de agua, puertas sin dificultades para ser cerradas, etcétera), el problema de la marginación se haría más tolerable. Quedaría en pie la presencia de Ignacio, de invasora curiosidad. En este caso, el trabajo educativo debe ser intenso y urgente. También está el problema de Alicia, y sus horarios imprevisibles; pero no creo que esto tenga arreglo, y mi marginación quedará, en última instancia, sustentada por ella, aunque todo lo demás se solucione con felicidad. De todos modos hay esperanzas de poder comenzar a trabajar nuevamente, en un futuro que ya no parece tan lejano o inaccesible.

7 de abril

AVISO: Este ejercicio caligráfico contiene escenas que pueden herir la sensibilidad del lector.

Se trata del perro Pongo, de quien he dicho en varias oportunidades que debemos librarnos, no por razones afectivas sino por razones perfectamente lógicas y de sentido común. Hoy sucedió algo que viene a echar leña a la hoguera de mis argumentos. Había estado con él afuera, en el fondo, un buen rato, jugando con la pelotita de ping-pong (que el perro Pongo terminó de arruinar por completo), e incluso habíamos tenido una de las habituales sesiones de mimos y palabras cariñosas. Entonces el perro Pongo fue hasta un lugar muy próximo a su guarida entre las hortensias, y cuando me acerqué a mirar comprobé con horror que había conseguido un pequeño trozo de carne podrida, enterrada probablemente por él mismo días atrás. Un rato antes yo había encontrado en el jardín un gran trozo de carne cubierta de tierra, pero no estaba podrida quizás por tratarse en su mayor parte de grasa, y después de desenterrarla el perro Pongo no había mostrado el menor interés en ella. Pero cuando ahora llegué a su lado, había colocado este nuevo trozo en un lugar apropiado, amplio, e hizo el amago de acostarse sobre el lomo, como suele hacerlo a menudo, esta vez calculando que el trozo de carne podrida le quedara más o menos debajo del pescuezo. Di un chistido que él reconoce como prohibitorio y detuvo la maniobra; al

acercarme, vi que por el suelo se arrastraban dos o tres gusanos pequeños, blancos, cónicos (con forma de cono truncado, como los que encontré una vez en el tapón de una botella vacía de cera para pisos, pero estos de ahora eran mucho más grandes y gordos). Luego descubrí que el trozo de carne desenterrado estaba repleto de esos gusanos asquerosos.

(segunda hoja)

El perro Pongo se quedó alerta vigilando el trozo de carne, y me gruñó cuando fui a recogerlo con la pala y el atizador de la estufa e incluso llegó a tomarlo entre los dientes para llevarlo a un lugar seguro. Lo reñí severamente, y entonces lo soltó y se alejó unos metros, dejándome actuar aunque vigilándome atentamente. Llevé a la estufa ese trozo de carne, y aquel otro de grasa que había encontrado; los rocié a ambos con disán y les prendí fuego, un fuego que después enriquecí con papeles de diario y ramitas, y más tarde con un par de troncos. Al olor de la carne podrida y los gusanos y la grasa medio asados, comenzaron a llegar velozmente moscas y moscones, que incluso se metían dentro de la estufa y revoloteaban buscando la fuente del aroma (aunque sin acercarse al fuego tanto como yo habría deseado).

Me resultó difícil mantener un fuego apropiado para carbonizar la carne, y tuve que volver a echar disán un par de veces, hasta que después de un rato me quedó la impresión de que ya se había cumplido el objetivo de carbonización, y las moscas desaparecieron, aunque el olor nauseabundo — el mismo olor nauseabundo característico del perro Pongo cuando huele mal— me quedó largo rato incrustado en la nariz, incluso durante una salida al mundo exterior para tratar de conseguir café.

Mientras tanto no cesaba de preguntarme los motivos del perro Pongo para hacer esa chanchada, si tendría una función medicinal (para mejorar la calidad del pelo, combatir los parásitos, etcétera) o simplemente cosmética, es decir, una especie de perfume para atraer a seres del sexo opuesto de dudoso gusto olfativo. También descubrí que en el sector de las hortensias hay un olor similar permanente, y supongo que el perro Pongo está creando

una especie de cementerio privado en el fondo, donde ya ha enterrado mucha carne en distintos lugares. HAY QUE LIBRARSE DE ÉL YA MISMO.

9 de abril

Al parecer, nos estamos acercando al tramo final de esta pesadilla, y dentro de unos días podré ir recomenzando nuevamente, poco a poco, mi vida «normal» (lo pongo entre comillas porque bien sé que, gracias a Dios, mi vida no ha sido nunca normal). No quiero ser demasiado optimista, pero las últimas noticias sobre el tema zumbido son alentadoras. Es posible que mañana quede liquidado el problema. (En este momento, como si alguien hubiera estado observando lo que escribo, para burlarse de mí y herirme donde más me duele ha recomenzado el zumbido a todo tren.) (Trato de mantener la calma, pero el oído izquierdo ya me duele por la vibración atroz de ayer y de hoy de mañana.) Más vale que termine rápidamente y sin mayor pretensión de prolijidad este ejercicio de hoy y huya velozmente hacia alguna parte de la casa que esté menos afectada.

Por otra parte, ya están contratados y en marcha todos los trabajos (o al menos los más importantes) para la adecuación del garaje como lugar para mí, y hay algunas fechas precisas para sus respectivas culminaciones. Teniendo en cuenta posibles inconvenientes o incumplimiento de los plazos por parte de los obreros, de todos modos mi instalación no pasará —espero— de la mitad de la próxima semana. Mientras tanto, tengo un trabajo urgente para hacer (la corrección de *Fauna* para la editorial belga) y esto no se puede postergar, de manera que intentaré comenzar ahora mismo — pese a todo

24 de agosto

Se intenta nuevamente —como en el mito de Sísifo— retomar los hábitos saludables; entre ellos, este de la caligrafía. También hoy di una vuelta por el puerto, en mi antiguo acostumbrado paseo que, como todo lo demás, había abandonado. La idea general dominante ahora es forzar un poco (lo posible) la realización de esas acciones positivas para que puedan instalarse como hábitos e ir desplazando a las otras. He aquí una breve lista de los hábitos negativos que trato de desplazar: 1) el fumar en exceso; 2) el valium; 3) el mirar en exceso películas en vídeo; 4) el jugar con maquinitas electrónicas; 5) el exceso de lectura, sobre todo a deshoras.

Para disimular, atenuar o borrar estos hábitos negativos, me propongo: 1) retomar estos ejercicios; 2) retomar los paseos a pie; 3) insistir en la difícil autoimposición de unos minutos diarios de relax o meditación; 4) recomenzar la gimnasia diaria; 5) instalarme más tiempo diario en mi garaje-escritorio, con o sin música, trabajando o no; 6) volver a jugar a ping-pong con Juan Ignacio.

Veo que mi letra se ha vuelto bastante fea. Entre mis buenos propósitos debo incluir entonces: 7) tratar de hacer estos ejercicios con calma y suma dedicación (por más que en este momento advierto que mi mano se ha vuelto incontrolable).

Como imaginaba, Alicia ha venido a interrumpirme antes de lo convenido, de modo que no puedo terminar en paz esta hoja. Debo dedicar especial esfuerzo a eliminar las interrupciones indebidas; algo he conseguido al respecto, por el hecho de apagar el timbre del teléfono del dormitorio y el del garaje. Pero debo crear en los demás habitantes de la casa un sentido de respeto a mi privacidad, mi intimidad y mi necesidad de concentración.

27 de agosto

Hoy se trata de controlar la ansiedad y de conseguir una letra grande y clara. De modo que voy despacio y procuro no dejarme dominar por el torrente de pensamientos que buscan expresar algo, no porque me parezca que no debo expresar algo, sino para no dejarme llevar por ese torrente (por ejemplo, al escribir la palabra «torrente» hubo un apresuramiento ansioso, y he ahí que las «r» no me quedaron bien. Torrente. Torrente). (Pasa que cuando uno escribe una «r» ya le parece suficiente, y se apresura a escribir la otra como si esa segunda «r» fuera un lujo que sólo sirve para perder tiempo y ritmo de escritura.) Pero en general estoy bastante satisfecho de la manera como progresa mi ejercicio de hoy; mi letra se había vuelto tan pequeña y confusa que en mi fuero íntimo desesperaba ya de poder recuperar en algún momento una letra legible, esa letra legible que había conseguido con semanas y meses de ejercicios más o menos diarios. Sin embargo, compruebo con regocijo que ha bastado el ejercicio de antes de ayer para tomar conciencia de los vicios de escritura, y en estas horas que pasaron fue madurando inconscientemente en mí este progreso de hoy. No me digan que lo que estoy escribiendo no es perfectamente legible, aunque todavía falta un buen trecho para que pueda hablarse de «caligrafía». Sin embargo esto último no es un objetivo deseable; me basta con que mi letra sea cómodamente legible para los demás y para mí mismo, sin necesidad de alcanzar niveles de belleza o perfección. Bien lo dice el refrán francés: «Le meilleur c'est l'ennemi du bon», que me inculcara M.V.; pero todavía hay muchos trazos que convendría mejorar, y también debo llegar a alcanzar velocidad de escritura sin pérdida de calidad.

28 de agosto

Insisto en procurar mantener estos ejercicios en el plano de tales, desestimándolos por ahora como medio de expresión de cosas que siento, pienso o me suceden. Lo prioritario, entiendo, es la letra, el dibujo de la letra, antes de pasar a otras etapas. Porque la letra se dibuja con una mano que debe volverse en primer término segura, y en segundo término suelta y veloz. La seguridad proviene de la certeza; es decir que no se puede estar

vacilando ante la preocupación por la forma de la letra. Esta, la letra, así como la forma de enlazarse una letra con otra, debe responder a un patrón único, prefijado y no improvisado. Por ejemplo, sé que me cuesta dibujar las «r» por hábitos contraídos en años de dibujarla mal, sin todos los elementos que permiten identificarla a primera vista; mis «r» se deducen más bien del lugar que ocupan en la palabra (obsérvese esa «r» mal formada en la palabra «palabra»).

De modo que un ejercicio especialmente adecuado para esta etapa es la escritura deliberada de palabras con «r». Erre con erre guitarra, erre con erre barril (no recuerdo lo que viene aquí), las ruedas del ferrocarril. Erre con erre guitarra, erre con erre barril. Pero me aburro si repito siempre lo mismo, de modo que debo buscar otras palabras con «r» fuera de este versito bobo. Por ejemplo, rododendro, remero, sombrerería, braguero, parricida, reverberar, ranura, perramus (repito: perramus). (No sé por qué me sale mal esta palabra: perramus, perr perramus, ahora sí, perramus, perramus.) Carirredondo, prorrogar, prorrogar, prorratar, prorratar, prorratar, prorratar. Recorrido. Recorrido, recorrido, recorrer, recorrer, recorrer, recorrer, recorrer. No me conforma.

29 de agosto

Aflojar la mano y ~~dibujar~~ dibujar amorosamente cada letra; esa es la consigna de hoy. He notado que suelo escribir con tensión en los músculos del brazo y de la mano, de tal modo que si escribiera un poco más de la hoja que escribo en estos ejercicios, llegaría fácilmente al llamado «calambre de los escritores». Si bien el tratar de aflojar esos músculos supone un retroceso en la calidad de los resultados, creo que es preciso pasar por esa etapa, pues los resultados que estaba logrando, si bien llamativos, partían de un enfoque incorrecto del problema. Entonces, este aspecto al parecer más desprolijo y descuidado que hoy presenta mi escritura se debe a la intención deliberada de cambiar la forma de trabajo, lo cual es bastante difícil de lograr porque implica mantener la atención firmemente repartida entre el estado de tensión de los músculos (se aflojan; ahora me distraigo y se

tensan, etcétera) y el ~~dibujo dibu~~ dibujo propiamente dicho de las letras. Es difícil, muy difícil, pero creo que es el buen camino. Por otra parte, prestar atención a la tensión muscular es un buen entrenamiento para mi propósito de relax como hábito diario, cosa que siempre postergo y que no debo seguir postergando porque es esencial para la salud, al menos para mi salud. De acuerdo con mi teoría, el ~~rel relax~~ ~~promueve~~ promueve la producción de endorfinas, que son un elemento que, entre otras cosas, ayuda a fumar menos y eventualmente podría servir para dejar de fumar (otra meta postergada demasiado tiempo).

30 de agosto

Continúo entonces con mi práctica nueva, de mano y brazo con los músculos flojos. Veamos si en estas condiciones se puede conseguir una letra razonablemente buena. Parece que sí es posible. El secreto está en un aflojamiento selectivo de los músculos, de manera que sólo trabajen aquellos que deben hacerlo de modo imprescindible para sostener la birome, mientras todo el resto (del brazo, de la mano, pero también del cuerpo) permanece lo más flojo posible. Sé que es difícil. Pero se puede conseguir. Ahora debo interrumpir un momento, pues el perro Pongo ladra afuera y espera que le abra la puerta (otra adquisición de la mudanza; mi calidad de portero, ya que aquí no hay alambrado con hueco para que entre y salga a voluntad).

*

Ya he vuelto. Es difícil aflojarse, y más cuando uno viene de pegarle una patada al perro —quien tiene la costumbre de esperar que uno vaya a abrirle para, en lugar de entrar, salir ladrándole furiosamente a la gente que pasa por la calle, como apoyándose en la presencia protectora de uno. Uno queda como un idiota, con la puerta abierta, esperando que el señor perro decida que ya ladró lo suficiente y vuelva. Él ya sabe que esta conducta

suya genera patadas, y entra muy rápida y nerviosamente, tratando de ser más veloz que el pie; a veces consigue escaparse, pero no hoy.

Esta historia desvió mi atención de los músculos y del ~~dibujo~~ ~~de~~ dibujo cuidadoso de las letras; no debo apasionarme con el afán de relatar, sino dar prioridad a lo que constituye la razón de ser de estos ejercicios. Por lo menos hoy he logrado aflojar bastante los músculos y comenzar la percepción discriminada de aquellos que deben aflojarse y aquellos que no.

5 de septiembre

Tengo una buena excusa para el hecho de haber abandonado durante unos días estos ejercicios (en su atractiva, promisoría nueva modalidad relajada), ya que debía preparar de urgencia el armado de un libro de relatos —pero me estoy distrayendo del correcto dibujo de las letras.

Preparar este libro de relatos, estaba por decir, significó un absorbente y casi diría angustiante trabajo de selección de materiales, algunos perdidos desde hace años en sobres que contienen otras cosas; de toma de decisiones (este va, este no va; prefiero esta versión que esta otra, etcétera), de búsqueda de datos de publicaciones anteriores (si las hubo), de fotocopiado de la forma final que di a algunos textos, etcétera: todo ello en un plazo mínimo, algo así como tres días. Pero ya me distraje otra vez del trazado de la letra.

Ahora debo prestar cuidadosa atención a la letra —por favor: a cada una de las letras— y al mismo tiempo atender a los músculos que debo tensar y a los que debo aflojar. Como me resulta imposible atender simultáneamente a todo, debo conseguir una atención oscilante, entre ~~entre~~ una y otra cosa —hasta que un día, digo yo, las acciones se vuelvan automáticas (es decir, la letra pareja y el ~~relax~~ relax selectivo). Mientras tanto se trata de practicar y practicar, y aunque no creo poder ~~hacer~~ hacer más que mi habitual hoja diaria, por lo menos que sea diaria, sin saltarme ningún día, como suelo ~~hacer~~ hacer ante la solicitud de cosas exteriores que muchas veces se presentan como urgentes e imprescindibles, y que desde luego rara vez lo son. Por hoy, suficiente; pero volveré.

6 de septiembre

En estos momentos tendría que estar almorzando, pero considero estos ejercicios de aflojamiento y letra cuidada algo de vital importancia para mi salud psicosomática, de modo que, como más tarde me veré enredado como siempre en una cadena de acontecimientos ajenos a mí y no tendré unos minutos con la calma imprescindible/imprescindible (repito la palabra porque he notado que en las palabras largas tiendo a apresurarme y a descuidar la calidad del trazado de las letras); calma imprescindible, decía (y lo vuelvo a escribir: imprescindible) para la inmensa concentración mental exigida por este tipo de ~~ejere~~ ejercicios, resolví darle prioridad a esta ocupación y postergar, no sin sacrificio, mi almuerzo. H H Ha sido una frase larga y compleja, la que termino de escribir. Noto, regocijado, que hoy me resulta más fácil mantener un cierto relax de los músculos de la mano y del brazo que no deben actuar mientras estoy escribiendo y que, al mismo tiempo, mi letra es bastante pareja (en ~~relación~~ relación a los días anteriores, cuando recién comenzaba esta nueva modalidad). Ahora debo extender el relax —poco a poco— al resto del ~~cuerpo cuerpo~~ cuerpo, lo cual no va a ser fácil.

7 de septiembre

Concentración. Relax. Atención al trazado de las letras y atención a los músculos. Deben trabajar solamente aquellos indispensables para sostener la birome y ~~dirigir~~ dirigirla en el trazo, es decir, los músculos del pulgar, índice y mayor de la mano derecha, de la muñeca (que afectan al parecer al dedo meñique) y del antebrazo, que debe deslizarse lentamente sobre la superficie del escritorio. Los bíceps también hacen ~~alg~~ algún trabajo (los siento), pero no sé hasta qué punto deben hacerlo, o si es sólo una contracción indebida. El resto de los músculos del cuerpo debería estar flojo, pero no lo está. Eso se llama tensión, y eso es lo que debo procurar corregir, mientras la mano se ~~va~~ va automatizando en su reposado accionar.

Hace ya demasiados años que no consigo aflojarme, al menos no con la profundidad con que solía hacerlo.

Continúo después de una interrupción (hecho nada infrecuente en esta casa) (y una de las razones para no conseguir aflojarme en profundidad). Ahora, otra interrupción. Vivir en esta casa no es exactamente como vivir en un convento junto a monjes que han hecho voto de silencio.

La situación, sin embargo, no es tan grave como en otras ocasiones anteriores, por ejemplo la etapa que viví hace unos diez años; es más grave, sí, en lo que se refiere a los factores internos que me impiden aflojarme. Cierto es que pongo mi confianza en estos ejercicios, al menos como punto de partida. Hoy logré prestar atención a ambos brazos mientras escribía, aunque noto que se ha resentido el trazado de la letra.

8 de septiembre

Y a pesar de tratarse de domingo, heme aquí a pie firme para mantener la continuidad de estos relajados (en el buen sentido de la palabra) ejercicios. Vigilo la tensión muscular de los dedos de la mano; trato de sentir que sólo están trabajando los músculos que deben hacerlo. En cuanto al brazo, sigo teniendo problemas con la contracción indebida del (¿o de los?) bíceps, que por alguna razón parece ligado al dedo mayor (tal vez lo esté; debería preguntarle a Alicia si recuerda las inserciones correspondientes).

Pero he aquí que por vigilar los ~~músculos~~ músculos he descuidado la letra. También desvía mi atención el recuerdo de un sorprendente descubrimiento que realicé ayer de tarde, durante la siesta: descubrí que me desagrada profundamente el estado de relajación —especialmente cuando viene acompañado de una notable paz mental.

Ese descubrimiento me dejó perplejo y preocupado, ya que conscientemente busco el ~~rel~~ relax y la paz mental, y me pregunto por qué no los puedo obtener. La respuesta práctica y evidente que ~~recib~~ recibí ayer es: no los consigo porque no los quiero.

Luego llegué a la conclusión de que las experiencias de los últimos años (Buenos Aires, la vida en familia) me han cambiado la adicción que tenía a las endorfinas (cosa que había logrado con trabajo y ayuda), por una adicción a la adrenalina; y mi orientación hacia las ondas alfa se ha torcido hacia las ondas beta. Todo esto es preocupante, pero no hay que desesperar y, como suele decir Alicia, buscar el justo punto intermedio, el equilibrio. Debo tratar de crear un espacio —una orientación— aunque sea en grado menor, hacia las endorfinas (especialmente porque estas pueden ir sustituyendo la necesidad de nicotina). Ampliaremos.

19 de septiembre

Reconozco que nuevamente he abandonado estos ~~ejercicios~~ ejercicios por muchos días, en los que anduve muy ansioso y chiflado. También hoy estoy ansioso y chiflado pero con muy buena voluntad para ir poniendo mis cosas en orden, y considero que retomar estos ejercicios es siempre el primer paso hacia la salud psicofísica, aunque es evidente que no alcanza con estos ejercicios, sino que es preciso poner fuerza de voluntad en muchos otros aspectos de la vida. Trataré de hacerlo, tapándome los oídos con cera para no oír el canto de las sirenas que tratan de desviarme del recto camino (en ~~realidad~~ realidad, ya tengo los oídos bastante tapados con cera en forma natural, como suele sucederme cada dos inviernos).

Debo decir que me admira la calidad de letra en esta hoja. Cabría en verdad esperar una letra mucho más pequeña y despareja. Esta letra de hoy es bastante legible, lo cual me extraña profundamente. También debo decir que no estoy intentando relajar los músculos que no deben estar tensos durante el acto de escribir, pero que no me olvido de este propósito. ~~Ruego~~ a Ruego a Dios me dé la fuerza y la razón necesarias para seguir aplicando diariamente mi voluntad para disciplinarme en todos los aspectos. Chau.

20 de septiembre

Espero, aunque sin mayor esperanza, que no sufra interrupciones durante este ejercicio. Comienzo por acomodarme mejor en el asiento, apoyo cómodamente los pies en el suelo, y el ~~brazo brazo~~ brazo izquierdo sobre el escritorio, tratando de aflojarlo desde el hombro. Ahora centro mi atención en la mano derecha, buscando sentir los músculos que deben trabajar y tratando de aflojar los otros, en la muñeca, y ahora en el resto del brazo, también desde el ~~hombro~~ hombro. Veamos ahora la letra: debo frenar el ritmo de escritura, demasiado acelerado, y proveerme de la paciencia necesaria para ir dibujando en lo posible cada ~~letra~~ letra correctamente. Me resulta difícil escribir con mayor lentitud, pero

*

El asterisco indica que, efectivamente, fui interrumpido (~~hace~~ hace ya algunas horas), de modo que ahora no creo (~~son casi~~ es casi la una de la madrugada) que pueda retomar el ejercicio con la misma voluntad con que lo comencé. Por lo menos, ahora trataré de retomar la parte caligráfica, desentendiéndome de la relajación muscular; ahora freno ———voy frenando—— el ritmo de escritura y comienzo a pensar en cada una de las letras. Me desentiendo también en lo posible de la coherencia del discurso. Pienso en cada una de las letras —aunque esto que escribo no es cierto; todavía voy demasiado rápido, demasiado rápido, tal vez porque advierto que la hoja está llegando a su fin, y uno tiende a apresurarse como si al apresurarse pudiera aumentar la cantidad de palabras que caben en una hoja. Mañana será otro día.

22 de septiembre

Al poner la fecha que encabeza esta hoja de ejercicios (son las 15:08 y menos de doce horas han pasado desde mi ejercicio de ayer), al poner la fecha, decía, descubrí muchas cosas acerca de mi comportamiento de anoche y mi desasosiego de hoy; hoy es el cumpleaños de mi madre, muerta

hace ~~cinco~~ cinco semanas. Hoy es domingo; el sábado de la semana pasada estuve con Alicia en el cementerio, recordando el primer mes del fallecimiento. No acostumbro a hacer esas cosas, pero este es un caso especial, primero porque la madre de uno es siempre una persona muy especial, pero también en esta ~~muerte~~ muerte hay razones reales, y no sólo fantasías subconscientes, para que haya anidado en mí un sentimiento de culpa difícil de superar. También, de manera insólita en mí, he debido recurrir a la confesión ante un ~~cura~~ cura. Es cierto que, como me hizo ver el cura, mi sentimiento de culpa es exagerado y se basa en hipótesis no comprobables, acerca de cómo podrían haber sido las cosas si yo hubiera hecho tales otras cosas. También es cierto que yo fui «construido» para ser muy sensible a la culpa, y que esta construcción fue dirigida precisamente por mi madre. Sea como fuere, sigo teniendo un malestar que he procurado eludir mirando películas en cantidades exageradas y evadiéndome de mí mismo por variedad de otros medios, evasiones que se afincaron durante los meses de sufrimiento intenso de mi madre y que continuaron vigentes después de su muerte. Creo que es hora, ya, de comenzar a regresar a mí mismo, de desandar el camino de la ~~evasión~~ evasión, de confiar en que, si la culpa es real, ella ya ha sido perdonada por mi madre y por Dios, pues todo el mundo sabe que la culpa no genera nada bueno, y que el ~~arrepentimiento~~ arrepentimiento consiste justamente en «no volver a pecar», es decir, no volver una y otra vez sobre un hecho pasado inmodificable, sino que se debe volver a la vida normal, y a generar cosas positivas para uno mismo y para los demás, en lugar de ofrecerles este aspecto horrible de persona enferma. Así que, en este 78.º aniversario, el homenaje que le debo a mi madre es el de mi salud.

EPÍLOGO

EL DISCURSO VACÍO

22 de septiembre

Cuando se llega a cierta edad, uno deja de ser el protagonista de sus acciones: todo se ha transformado en puras consecuencias de acciones anteriores. Lo que uno ha sembrado fue creciendo subrepticamente y de pronto estalla en una especie de selva que lo rodea por todas partes, y los días se van nada más que en abrirse paso a golpes de machete, y nada más que para no ser asfixiado por la selva; pronto se descubre que la idea de practicar una salida es totalmente ilusoria, porque la selva se extiende con mayor rapidez que nuestro trabajo de desbrozamiento y sobre todo porque la idea misma de «salida» es incorrecta: no podemos salir porque al mismo tiempo no queremos salir, y no queremos salir porque sabemos que no hay hacia dónde salir, porque la selva es uno mismo, y una salida implicaría alguna clase de muerte o simplemente la muerte. Y si bien hubo un tiempo en que se podía morir cierta clase de muerte de apariencia inofensiva, hoy sabemos que aquellas muertes eran las semillas que sembramos de esta selva que hoy somos.

Sin embargo hoy vi, hacia la caída del sol, el reflejo de unos rayos rojizos del sol en unos ladrillos de cerámica barnizada, y me di cuenta de que aún estoy vivo, en el verdadero sentido de la palabra, y de que aún puedo llegar a situarme en mí mismo: todo es cuestión de encontrar cierto

punto justo, mediante cierta voltereta espiritual; no puedo evitar la maraña de consecuencias, no puedo pretender ser el protagonista, otra vez, de mis acciones, pero sí me es posible rescatarme dentro de esas nuevas pautas, aprender a vivir otra vez, de otra manera. Hay una forma de dejarse llevar para poder encontrarse en el momento justo en el lugar justo, y este «dejarse llevar» es la manera de ser el protagonista de las propias acciones —cuando uno ha llegado a cierta edad.

*

Hace pocos días soñé con un grupo de curas que estaban vestidos cada uno con una sotana de color diferente; recuerdo en particular a uno de ellos, cuya sotana era de color violeta muy vivido. Ellos adoptaban ciertas posiciones y ciertas combinaciones en las posiciones del grupo, y yo entendía que de esa forma estaban expresando el secreto de la Alquimia.

Colonia, noviembre de 1991

Colonia, mayo de 1993

OceanofPDF.com



MARIO LEVRERO (23 de enero de 1940, Montevideo - 30 de agosto de 2004, Ibídem). Escritor, librero, fotógrafo, humorista, director de revistas de ingenio y de talleres literarios. Jorge Mario Varlotta Levrero publicó en 1970 su primera novela, *La ciudad*. No quiso firmarla con su nombre habitual: «Sabía que había algo ahí que me era ajeno, que Jorge Varlotta no podía escribir eso... Mi segundo nombre y mi segundo apellido fueron una solución perfecta». Sus dos novelas siguientes (*El lugar*, 1982; *París*, 1980), completan la llamada «Trilogía involuntaria», intensa aventura kafkiana nacida de su lado más inconsciente y nocturno. A mediados de los ochenta, instalado en Buenos Aires y atado a un trabajo rutinario que le permitía vivir con comodidad pero le impedía crear, confiesa su vergonzoso abandono de toda pretensión espiritual en «Diario de un canalla», anticipo de la técnica que usaría en *El discurso vacío* (1994) y *La novela luminosa* (2005), minuciosos y magistrales registros autobiográficos de su posterior experiencia en Colonia y Montevideo. Escritor de culto durante muchos años, sólo después de su muerte fue reconocido como uno de los grandes autores latinoamericanos. *Caza de conejos*, escrita en 1973, representa un salto liberador en la obra de Levrero: incorpora el humor que el autor

prodigaba (protegido por varios seudónimos) en revistas satíricas de la época y borra los límites de sus fronteras creativas.

OceanofPDF.com